

# NORTE

CUARTA EPOCA-REVISTA HISPANO-AMERICANA-NUM. 282





Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A.C. / Lago Ginebra No. 47-C, México 17, D.F. / Teléfono: 541-15-46 / Registrada como correspondencia de 2a. clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D.F., el día 14 de junio de 1963. / Derechos de autor registrados. / F.A.H., A.C.: Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial. / Director Fundador: Alfonso Camín Meana. Tercera y cuarta época: Fredo Arias de la Canal.

Impresa y encuadernada en los talleres de Impresos Reforma, S.A. Dr. Andrade No. 42, Tels. 578-81-85 y 578-67-48, México 7, D.F. Diseño y servicios gráficos de arte: Editores de Comunicación Creativa.

El Frente de Afirmación Hispanista, A.C. envía gratuitamente esta publicación a sus asociados, patrocinadores, simpatizantes y colaboradores; igualmente, a los diversos organismos culturales privados y gubernamentales de todo el mundo.

---

# NORTE

---

NORTE, revista hispano-americana. Número 282, marzo-abril, 1978.

---

## SUMARIO

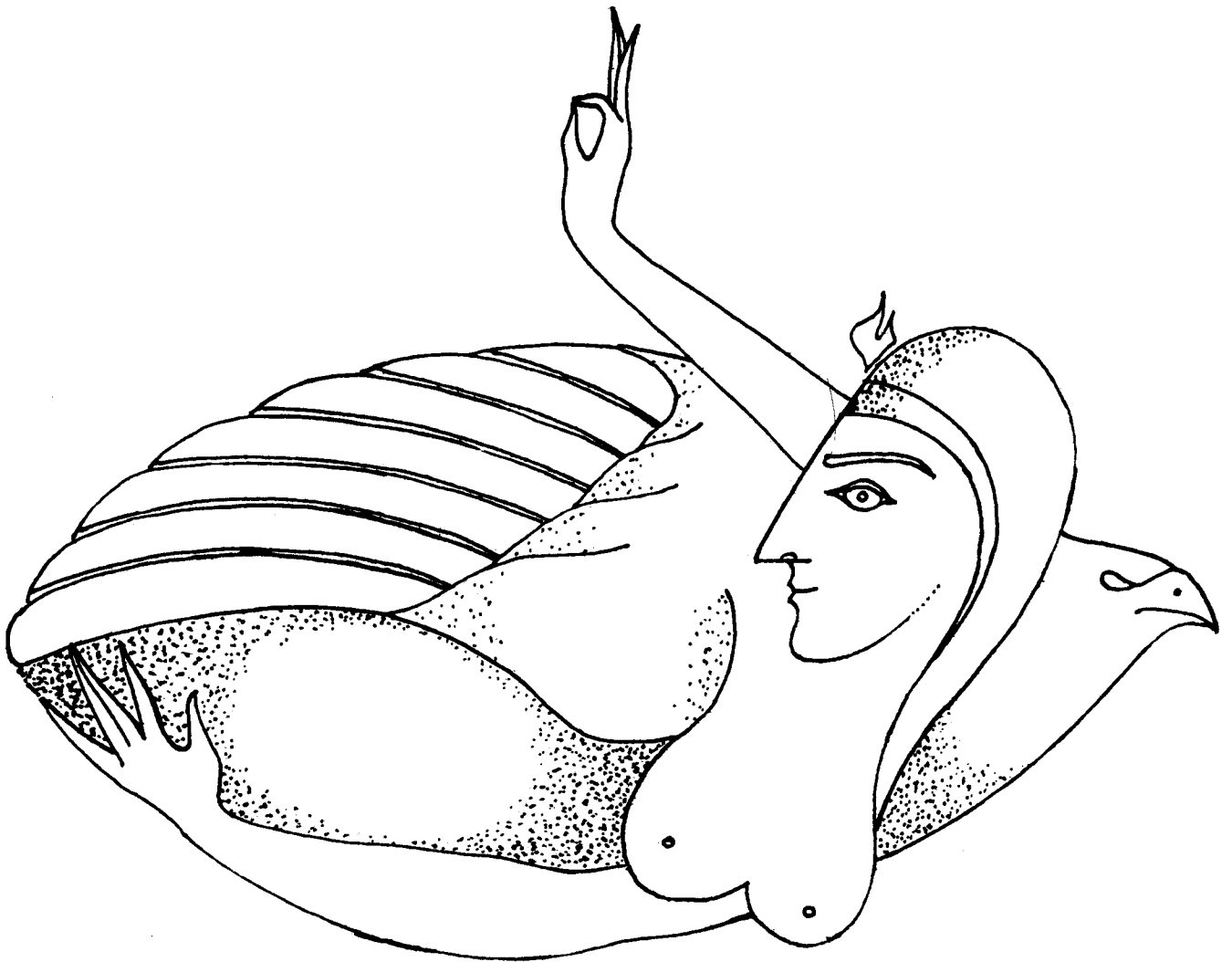
EL MAMIFERO HIPOCRITA VI. EL SIMBOLO DEL PAJARO.Fredo Arias de la Canal	5
"TRANSFORMACIONES". Mercedes Roffe	35
CARTAS DE SOLIDARIDAD DE LA COMUNIDAD HISPANOAMERICANA	36
PATROCINADORES	39

---

Portada:del Ars memorandi. Contraportada: Otto Pankok.

---

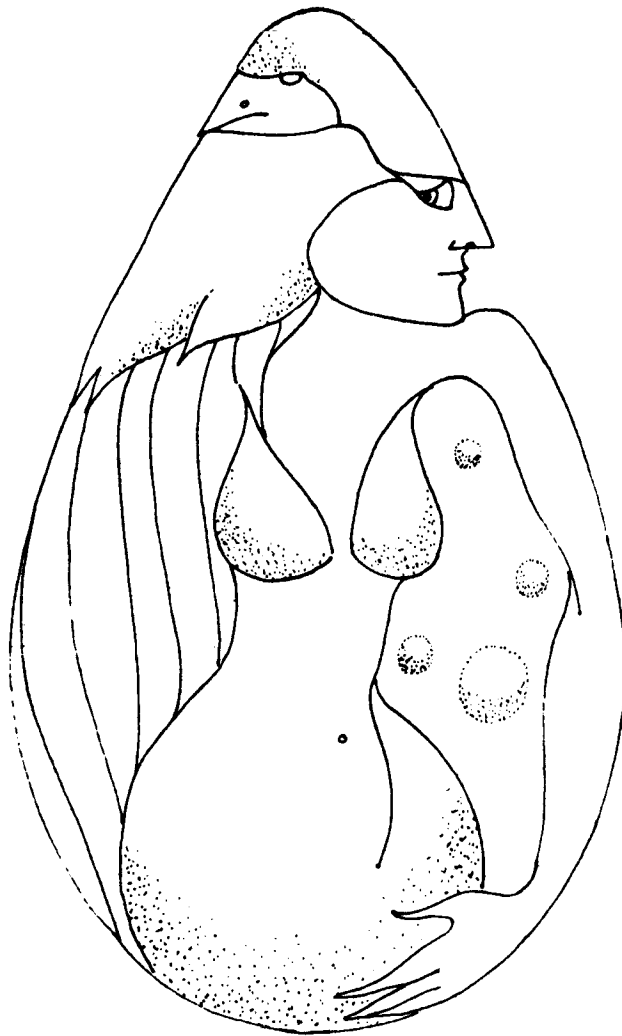
---



ENSAYO

---

# el mamífero hipócrita VI



Fredo Arias de la Canal

---

# EL SIMBOLO DEL PAJARO

Cuando Freud expresó en su obra **Sobre los sueños** (1901), que el simbolismo onírico trascendía a fábulas, mitos, leyendas, chistes y folclor, observó que la indagación de los fenómenos relacionados con estas diversas expresiones humanas, recaía exclusivamente en la interpretación de los símbolos que repetidamente se aparecen durante el sueño. Inútil sería, pues, estudiar las fábulas, mitos, etc., si no se los relacionara con los sueños y con los símbolos que aparecen en ellos. Debe entonces, el psicoanalista, concentrarse en descifrar la incógnita de los símbolos; al respecto expresó Freud en la obra citada:

Si aquellos sueños que exteriorizan deseos eróticos, consiguen aparecer inocentemente asexuales en su contenido manifiesto, ello no puede suceder más que de una sola manera. El material de representaciones sexuales no debe ser producido como tal, sino que tiene que ser sustituido, en el contenido del sueño, por indicaciones o alusiones; pero a diferencia de otros casos de representación indirecta, la usada en el sueño es despojada de la comprensibilidad inmediata. Nos hallamos, pues, en el sueño, ante **una representación por medio de símbolos, los cuales son objeto de especial interés desde que se ha observado que los sujetos que hablan un mismo idioma se sirven en sus sueños, de símbolos idénticos, y también que esta comunidad traspasa en algunos casos las fronteras del lenguaje.** Dado que los que sueñan no conocen la significación de los símbolos por ellos empleados, se nos presenta al principio envuelta en tenebrosa oscuridad la procedencia de su relación con aquello que indican y representan. Mas el hecho mismo es indudable y posee enorme importancia para la técnica de la interpretación de los sueños, pues mediante el conocimiento del simbolismo onírico se hace posible comprender el sentido de elementos aislados del contenido del sueño, de trozos del mismo, o a veces de sueños enteros, sin necesidad de interrogar al sujeto sobre sus asociaciones libres. Nos acercamos de este modo al ideal popular de una traducción de los sueños y **retrocedemos, por otro lado, a la técnica interpretativa de los antiguos pueblos, cuya interpretación de los sueños era idéntica a la que se lleva a cabo por medio del simbolismo.**

En mi calidad de intérprete de sueños, fábulas y mitos, ¿cómo convencer a mis escépticos lectores de que existen ciertos símbolos que se advierten con frecuencia tanto en los sueños como en las leyendas?

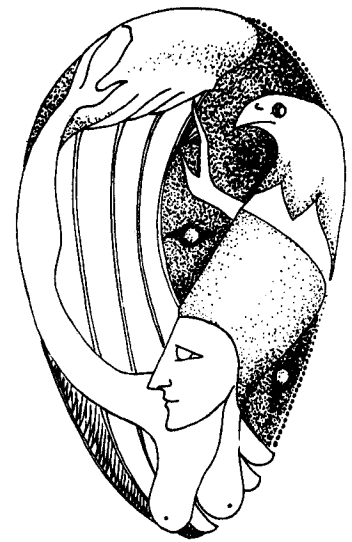
Un pájaro de acero me trajo, de la Argentina, un bello libro intitulado **La leyenda anónima argentina**, escrito por mi pariente lejantisimo Bernardo Canal-Feijóo, quien en carta adjunta, me interesó en la **Leyenda catártica** que consignó en el capítulo V de dicha obra y que dice al tenor:

Bien conocida es, en nuestro país, la Leyenda del Kakuy. En el Norte, especialmente en la provincia de Santiago, goza aún de vigencia folklórica; forma parte del repertorio de relatos orales que el pueblo sigue repitiendo, y alcanza con ella, y otras de su especie, a preformar un tesoro de literatura trágica popular, bajo algunos aspectos muy notable.

Sobre otras de su especie, la Leyenda del Kakuy ofrece el especial interés de proyectarnos rectamente sobre algunos problemas de la historia social y de la cultura moral y religiosa indoamericana.

El alma moderna, en la cual el sentimiento religioso, la conciencia moral, y la sensibilidad artística, aparecen claramente diferenciados, y aun a menudo divorciados, pudiendo haberse consentido más de una vez comodidades como la de pensar que el arte puede ser independiente de toda ética, alcanza sin duda la emoción de simple belleza lírica que emana de esa Leyenda, aun bajo su forma actual evidentemente desfigurada y empobrecida. Pero si restauramos, como voy a intentarlo ahora, su fisonomía primigenia, si la retrotraemos a su instante original, descubriremos en ella, con la supervivencia de uno de los mitos más antiguos, la prefiguración integral, místico-ético-estética, de una de las concepciones trágicas de más noble sentido que haya urdido el intelecto humano.

Varios escritores han transcripto, cada uno a su estilo, esta leyenda, coincidiendo todos en los rasgos anecdóticos que le confiere la tradición oral santiagueña. Ninguno se ha ocupado hasta ahora en hurgarle en su sentido esencial. Ninguno se ha mostrado siquiera intrigado por ciertos detalles anecdóticos, que, de no reconocérseles un **peculiarísimo**



sentido simbólico, habría que rechazar por groseramente pueriles y arbitrarios.

De todas esas transcripciones voy a elegir para este estudio la que merece, por diversos conceptos, ser tenida por la más completa, y es la que incluye Ricardo Rojas en *El País de la Selva*.

Aligerada de galas de estilo, y dividida aquí en incisos para ulterior comodidad del análisis, esa transcripción dice así:

1

"En una época muy remota, dicen las tradiciones indígenas, una pareja de hermanos habitaba su rancho en las Selvas.

Solos vivían, desde la muerte de sus padres, sin que la comunidad de su sangre hubiese atenuado las diferencias de sus idiosincrasias antagónicas.

2

"El era bueno; Ella cruel. Amábala el muchacho como pidiéndole ventura para sus heras huérfanas; pero ella acibaraba sus días con recalcitrante perversidad... Vagando él triste por las umbrías, pensaba en Ella; las algarrobas más gordas, los mistoles más dulces, las más sazonadas tunas, llevábalas al rancho... Todo esto le costaba trabajo y pequeños dolores; pero Ella, en cambio, mostrábase indiferente, como gozándose de sus penas.

3

"Volvió una tarde sediento, fatigado, tras una día de infructuosa pesquisa, pues reinaba la seca... Pidió entonces a su hermana un poco de hidromiel para beberla, y otra de agua para restañarse los arponazos. Trajo ambas cosas, más en lugar de servirselas, derramó en su presencia la botijilla con agua y el tupo de miel. El hombre, una vez más, ahogó su desventura; pero como al día siguiente le volcara la ollita donde se coccionaba el locro de su refrigerio matinal, la invitó para que lo acompañase a un sitio no distante, donde había descubierto miel abundante de moro-moros. Su invitación encubría upalleros designios de venganza.

4

"El árbol, un abuelo del bosque, era de gigantesca talla. Cuando llegaron allí, la persuadió a que debían operar con cuidado... pues se referían historias de meleros misteriosamente desaparecidos a manos de un dios invisible que protege las colmenas... Sobre la horqueta más alta hizo pasar su lazo; y preparó un extremo a guisa de columpio para que subiese su hermana, bien cubierta por el poncho en defensa del enjambre ya alborotado por la maniobra. Tirando del otro extremo... la solvió en el aire, hasta llegarla a la copa; y cuando ella se hubo instalado allá sin descubrirse, él empezó a simular que ascendía por el tronco, desgajándolo a hachazos, mientras bajaba en realidad. Zafó después el lazo, y huyó sigilosamente...

5

"Presas quedaba en lo alto la infeliz. Transcurrieron instantes de silencio. Ella habló. Nadie le respondía... Como empezara a temer, solevantó la manta que la tapaba, dejando apenas una rendija para espiar. El zumbido de los insectos la aturdió... Ese rumor confuso revelaba la profundidad del silencio... Ciega de horror y de coraje, se desembozó de súbito, así la acribillaran las abejas; y al descubrir el espacio, el vacío del vértigo la dominó... ¡Sola, sola, sola para siempre!

6

"Nunca se le mostró más pavoroso el cielo ni más callada la breña... Tiritaba como si el ábrego la azotase con su punzante frío, y sentía el alma mordida por implacables remordimientos. Los pies, en el esfuerzo anómalo con que ceñían su rama de apoyo, fueron desfigurándose en garras de buho; la nariz y las uñas se encorvaban; y los dos brazos abiertos en agónica distención, emplumecían desde los hombros a las manos. Disnea asfixiante la estranguló; al verse, de pronto, convertida en ave nocturna, un ímpetu de valor arrancóla del árbol y la empujó a las sombras.

"Así nació el Kakuy, y la pena que se ahogó en su garganta, llamando a aquel her-

mano justiciero, es el grito de contrición que aún resuena sobre la noche de los bosques natales, gritando: ¡Turay... Turay... Turay!...".

Lo que aquí observo, siguiendo las pautas psicoanalíticas freud-bergleristas, es el cuadro de adaptación inconsciente a la idea de ser abandonado y muerto de hambre por la cruel **imago matris**. El hermano sufría un apego masoquista hacia su hermana, en quien había proyectado su **imago matris**. La hermana, representa a la **imago matris** sádica, que derramaba la miel o que negaba la leche al infante. La venganza del hermano hacia la hermana es una repetición compulsiva contraria, como diciendo: "No es verdad que yo goce en ser abandonado y muerto de hambre por mi **imago matris**, al contrario, yo la someto a ser atacada por los pezones hirientes (abejas), y la ataco sexualmente al izarla hasta la copa del árbol (escalera = coito)"; mas el ataque sexual culmina en un **eyaculatio a portas** (derramó en su presencia la botijilla). El complejo de castración, o sea, la adaptación inconsciente al deseo de ser devorado el pezón-pene por la hambreadora **imago matris**, se observa en la simulación de ascenso por el tronco, cuando en realidad efectuaba un descenso relacionado con el desgajamiento de las ramas a hachazos (morder los pezones). Luego acontece el abandono como una repetición compulsiva inconsciente a la adaptación básica (orfanidad). Al haber dejado a su hermana al abandono y la muerte, sufre el hermano la introyección de su pseudoagresividad, creándosele el sentimiento de culpabilidad, el cual atenúa con penitencia. Su castigo consiste en el insomnio y las visiones ornitofóbicas del pezón materno, simbolizado en un pájaro de presa. Carlos Vaz Ferreira dice que su hermana María Eugenia había excluido de su antología la poesía **Único poema**, porque "nadie la entendió":

Mar sin nombre y sin orillas,  
Soñé con un mar inmenso,  
Que era infinito y arcano  
Como el espacio y los tiempos.

Daba máquina a sus olas,  
Vieja madre de la vida,  
La muerte, y ellas cesaban  
A la vez que renacían.

¡Cuánto nacer y morir  
Dentro la muerte inmortal!  
Jugando a cunas y tumbas  
Estaba la Soledad...

De pronto un **pájaro errante**  
Cruzó la extensión marina;  
"Chojé... Chojé..." repitiendo  
Su quejosa mancha iba.

Sepultóse en lontananza,  
Goteando: "Chojé... Chojé"...  
Desperté y sobre las olas  
Me eché a volar otra vez.

Quizás nos recuerde en algo el abandono de la hermana, este fragmento del poema **Selva y mar**, de Vicente Aleixandre:

La espera sosegada,  
esa esperanza siempre verde,  
**pájaro**, paraíso, fasto de plumas no tocadas,  
inventa los ramajes más altos,  
donde los colmillos de música,  
donde las **garras poderosas**, el amor que se clava,  
la sangre ardiente que brota de la herida,  
no alcanzará, por más que el surtidor se prolongue,  
por más que los pechos entreabiertos en tierra  
proyecten su dolor o su avidez a los cielos azules.

El pájaro es un símbolo que Freud interpretó como fálico únicamente. En una carta que le envió a Jung el 26 de mayo de 1907, en relación a su artículo **El delirio y los sueños de la "Gradiva"** de W. Jensen, dijo:

Tiene razón. He guardado silencio acerca del **pájaro** por razones conocidas de usted: Por consideración al editor y al público, o quizá por la posible influencia demoledora, como usted lo prefiera.

Mas Freud tenía razones más poderosas para no explayarse demasiado sobre este símbolo. En **La interpretación de los sueños** (1900), consignó una de sus pesadillas:

En él, vi que mi madre era traída a casa y llevada a su cuarto por dos o tres personas con picos de pájaro, que luego la tendían en el lecho.



Al referirse a este sueño angustioso afirmó Freud:

...puede referirse esta angustia a un placer sexual oscuramente adivinado, que encontró una excelente impresión en el contenido visual del sueño.

Gabriel de Anzur, el poeta de Algeciras, no creo que haya conocido el sueño de Freud:

Ando sin parar  
por todos los senderos,  
esquivando lluvias de piedras.  
Busco la fuente del prado  
donde nace la ternura,  
las justas formas sin garras.  
Hordas disfrazadas de hombres  
me arrojan flechas.  
El cielo, lluvias de lágrimas  
para lavar mi carne desgarrada.  
Y sigo cruzando los senderos,  
buscando al hombre  
con pico de paloma.

Los poetas suelen exhibir literaria u oralmente sus sueños o sus apariciones, en ocasiones, tales y como les acontecen, y en otras, tergiversando la visión original. Nietzsche (1844-1900), en *Ecce homo*, describe su inspiración:

Si se conserva un mínimo residuo de superstición, resultaría difícil rechazar de hecho la idea de ser mera encarnación, mero instrumento sonoro, mero **medium** de fuerzas poderosísimas. El concepto de revelación, en el sentido de que de repente, con indecible seguridad y finura, se deja ver, se deja oír algo, que le conmueve y trastorna a uno en lo más hondo, describe sencillamente la realidad de los hechos. Se oye, no se busca; se toma, no se pregunta quién es el que da; como un rayo refulge un pensamiento, con necesidad, sin vacilación en la forma (yo no he tenido jamás que elegir). Un éxtasis cuya enorme tensión se desata a veces en un torrente de lágrimas, un éxtasis en el cual unas veces el paso se precipita involuntariamente y otras se torna lento; un completo estar-fuera-de-sí, con la clarísima consciencia de un sinnúmero de delicados temores y estremecimientos que llegan hasta los dedos

de los pies; un abismo de felicidad, en que lo más doloroso y sombrío no actúa como antítesis, sino como algo condicionado, exigido, como un color **necesario** en medio de tal sobreabundancia de luz; un instinto de relaciones rítmicas, que abarca amplios espacios de formas (la longitud, la necesidad de un ritmo **amplio** son casi la medida de la violencia de la inspiración, una especie de contrapeso a su presión y a su tensión...). Todo acontece de manera sumamente involuntaria, pero como en una tormenta de sentimiento de libertad, de incondicionalidad, de poder, de divinidad... **La involuntariedad de la imagen, del símbolo, es lo más digno de atención**; no se tiene ya concepto alguno; lo que es imagen, lo que es símbolo, todo se ofrece como la expresión más cercana, más exacta, más sencilla. Parece en realidad, para recordar una frase de **Zaratrusta**, como si las cosas mismas se acercasen y se ofreciesen para **símbolo** («Aquí todas las cosas acuden acariciadoras a tu discurso y te halagan: pues quieren cabalgar sobre tu espalda. **Sobre todos los símbolos cabalgas tú aquí hacia todas las verdades...** Aquí se me abren de golpe todas las palabras y los armarios de palabras del ser: todo ser quiere hacerse aquí palabra, todo devenir quiere aquí aprender a hablar de mí»).

Hay, pues, poemas en donde no se consigna el hecho de que hubo un sueño que se tornó en leyenda. Veamos el *Ursinar*, del poeta hindú Viasa (siglo XII a.C.):

Perseguida la tímida paloma  
por un buitre, volaba, y en el seno  
del monarca Ursinar halló refugio.  
—Siempre fuiste, señor, entre los reyes,  
dechado de justicia, dijo el buitre:  
¿Por qué en mi daño la justicia olvidas?  
Mi prescrito alimento no me robes.  
Me aflige el hambre: Tu deber no cumples,  
si mi comida en tu poder retienes.  
—¡Oh, poderoso buitre!, de ti huyendo,  
trémula vino la paloma, en busca  
de que yo fuese amparo de su vida.  
¿Cómo no entiendes que el poder más alto  
es para mí salvar de su enemigo  
a quien vino en mi seno a refugiarse  
y puso en mi lealtad su confianza?  
La vaca asesinar —madre del mundo—,



y matar a un brahmán, y al refugiado en angustia dejar y en abandono, tres hechos son iguales en la culpa.

—El alimento todo lo sostiene; tomándola la fiera crece y vive; y si es duro y terrible que lo tome, sin él no puede sostener la vida. Esta fuerza vital me abandonara, hudiéndome en el reino de la muerte, no bien yo repugnase mi alimento; y, yo expirando, luego morirían mi dulce esposa y mis hijuelos caros. Ve, pues, cómo si amparas la paloma, a inevitable muerte me condenas. Lucha un deber con otro. Habiendo lucha, no hay deber verdadero. Sólo cuando no impiden un deber, otros deberes, el deber es real. Si se combaten, siempre el deber mayor cumplir importa. Rey, el deber mayor conoce y cumple.

—¡Sabio y hermoso tu discurso ha sido! ¡Bien del deber penetras la doctrina! ¿De las aves el rey eres acaso, el ínclito Surya, que nadie ignora? Pero, ¿cómo ser lícito, pretendes, al refugiado abandonar? Escoge para ti de mis campos lo que gustes: búfalos, toros, ciervos, jabalíes. Di si algo más para comer te falta, y haré que en el momento lo presenten.

—Yo, de toros y búfalos no vivo; ni jabalíes ni venados quiero. El alimento que el Criador me ha dado, es la paloma. Dame la paloma. La paloma nació con el eterno destino de que el buitre la devore.

—¡Oh, pájaro soberbio!, yo la tierra te doy de los Sivires: cuanto anheles te doy; mas la paloma no me pidas, que a ponerse llegó bajo mi amparo.

—Ursinar, rey del mundo, pues que amas a la paloma tanto, da por ella tu propia carne, en peso equivalente.

—¡Oh, buitre! Fácil es lo que propones. Pondré mi propia carne en la balanza.

El rey, sin vacilar, cortó un pedazo de su carne; pesóla, y al pesarla, halló que más pesaba la paloma. Volvió a cortar más carne de su cuerpo, y siempre la balanza se inclinaba de la paloma al mayor peso. Entonces con la sangrienta y destrozada carne,

se puso en la balanza Ursinar mismo.  
—Indra soy, rey del cielo, dijo el buitre,  
y la paloma es Agni, Dios del fuego,  
a probar tu virtud hemos bajado  
hasta la tierra ¡oh, Príncipe piadoso!  
Al cortar tú la carne de tu cuerpo  
has conquistado en el extenso mundo  
eterna fama y clara nombradía;  
y hablarán en tu encomio los mortales  
mientras dure el asiento que en el cielo  
te preparan los dioses. —Así dijo  
Indra, y al cielo se elevó glorioso.  
También por su virtud, Ursinar justo  
el cielo conquistó, y en pos de Indra  
subió luciente a la eternal morada.

Contemplemos el poema *De la naturaleza de las cosas*, del latino Tito Lucrecio Caro (99-55 a.C.), en donde veremos la relación del símbolo con el pezón punzocortante:

Madre de los romanos, alma Venus,  
deleite de los hombres y los dioses,  
que el navegable mar, la tierra fértil,  
productora de los frutos, llenas  
con tu nombre divino; tú que el orbe,  
que los astros gigantes señoreas;  
tú, por quien se conciben los vivientes  
y a la luz pura de los cielos nacen;  
tú el Aquilón sañudo, tú la bruma  
del escarchado invierno al polo ahuyentas:  
que apenas apareces, la morada  
de Ceres brota flores, te sonrío  
el extendido ponto y resplandese  
con blanda llama el sosegado viento;  
y cuando la rosada primavera  
abre las puertas del fulgente día  
y el amoroso Céfiro, rompiendo  
la prisión del ocaso, halaga al mundo,  
el coro volador de dulces aves  
anuncia tu llegada al tierno pecho  
**herido con tu arpón;** rebaños, fieras  
por entre alegres hierbas van saltando,  
pasan ligeros los veloces ríos  
y el atractivo del placer siguiendo,  
doquier las llamas obedientes vuelan;  
tú el blando amor esparces, ya en los campos  
que pinta el ledo abril, ya en las montañas,  
ya en los senos del piélago rugiente.  
De amor llenas la selva: amor resuenan  
las frondosas mansiones de las aves;  
y así del ser la llama fugitiva

por tu divino influjo se propaga.  
Inspira tú mi acento: tú que el mundo  
y la natura mandas. Nada amable,  
nada alegre es sin ti: nada, del día  
goza sin ti la refulgente lumbre.

Veamos este romance del ciclo carolingio, llamado de *Doña Alda*, en el cual observaremos un sueño oral regresivo y castrante, y la defensa angustiosa. Este poema lleva una interpretación onírica singular:

En París está Doña Alda,  
la esposa de Don Roldán,  
trescientas damas con ella  
para la acompañar:  
todas visten un vestido,  
todas calzan un calzar,  
todas comen a una mesa,  
todas comían de un pan,  
si no era Doña Alda,  
que era la mayoral.  
Las ciento hilaban oro,  
las ciento tejen cendal,  
las ciento tañen instrumentos  
para Doña Alda holgar.  
Al son de los instrumentos  
Doña Alda adormido se ha:  
ensoñado había un sueño,  
un sueño de gran pesar.  
Recordó despavorida  
y con un pavor muy grande,  
los gritos daba tan grandes  
que se oían en la ciudad.  
Allí hablaron sus doncellas,  
bien oiréis lo que dirán:  
—“¿Qué es aquesto, mi señora,  
quién es el que os hizo mal?”  
—“Un sueño soñé, doncellas,  
que me ha dado gran pesar:  
que me veía en un monte  
en un desierto lugar;  
do so los montes muy altos  
un azor vide volar,  
tras dél viene un aguililla  
que lo ahínca muy mal.  
**El azor con grande cuita  
metióse so mi brial;  
el aguililla con grande ira  
de allí lo iba a sacar:**  
con las uñas lo despluma,  
con el pico lo deshace.”

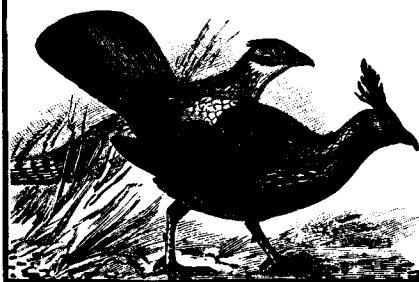
Allí habló su camarera,  
bien oiréis lo que dirá:

—“Aquese sueño, señora,  
bien os lo entiendo soltar:  
el azor es vuestro esposo  
que viene de allén la mar;  
el águila sedes vos,  
con la cual ha de casar,  
y aquel monte es la iglesia  
donde os han de velar.”

—“Si así es, mi camarera,  
bien te lo entiendo pagar.”  
Otro día de mañana  
cartas de fuera le traen;  
tintas venían de dentro,  
de fuera escritas con sangre,  
que su Roldán era muerto  
en la caza de Roncesvalles.

Fray Luis de León (1527-1591), en este fragmento de su poema *Imitación de Petrarca*, tuvo la siguiente visión:

Entré, que no debiera;  
hallé por paraíso cárcel fiera.  
Cercada de frescura,  
más clara que el cristal hallé una fuente  
en un lugar secreto y deleitoso;  
de entre una peña dura  
nacía, y murmurando dulcemente  
con su correr hacia el campo hermoso.  
Yo, todo deseoso,  
lancéme por beber, ¡ay, triste y ciego!  
Bebí por agua fresca, ardiente fuego;  
y por mayor dolor el cristalino  
curso mudó el camino,  
que es causa que muriendo  
agora viva en sed, y pena ardiendo.  
De blanco y colorado  
una **paloma** y de oro matizada,  
la más bella y más blanca que se vido,  
me vino mansa al lado,  
cual una de las dos por quien guiada  
la rueda es de quien reina en Pafo y Gnido.  
¡Ay! Yo, de amor vencido,  
en el **seno** la puse, y al instante  
el pico en mí lanzó cruel, tajante,  
y me robó del pecho el alma y vida;  
y luego, convertida  
en **águila**, alzó el vuelo;  
quedé merced pidiendo yo en el suelo.



Lope de Vega (1562-1635), en **El caballero de Olmedo**, hace que don Alonso relate uno de sus sueños, a los que llamaba revelaciones del alma:

Hoy, Tello, al salir el alba,  
con la inquietud de la noche,  
me levanté de la cama,  
abrí la ventana aprisa,  
y mirando algunas flores y aguas  
que adornan nuestro jardín,  
sobre una verde retama  
veo ponerse un jilguero,  
cuyas esmaltadas alas  
con lo amarillo añadían  
flores a las verdes ramas.  
Y estando al aire trinando  
de la pequeña garganta  
con naturales pasajes  
las quejas enamoradas,  
**sale un azor de un almendro,**  
**adonde escondido estaba,**  
**y como eran en los dos**  
**tan desiguales las armas,**  
**tiñó de sangre las flores,**  
**plumas al aire derrama.**  
Al triste chillido, Tello,  
débiles ecos del aura  
respondieron, y, no lejos,  
lamentando su desgracia,  
su esposa, que en un jazmín  
la tragedia viendo estaba.  
Yo, midiendo con los sueños  
estos avisos del alma,  
apenas puedo alentarme;  
que con saber que son falsas  
todas estas cosas, tengo  
tan perdida la esperanza,  
que no me aliento a vivir.

Nietzsche, en **El adivino**, de **Así habló Zaratustra**, nos informó de esta pesadilla tanática:

¡Oíd el sueño que he soñado, amigos, y  
ayudadme a adivinar su sentido!

Un enigma continúa siendo para mí este  
sueño: su sentido está oculto dentro de él,  
aprimado allí, y aún no vuela por encima  
de él con alas libres.

Yo había renunciado a toda vida, así so-  
ñaba. En un vigilante nocturno y en guar-  
dián de tumbas me había convertido yo allá  
arriba en el solitario castillo montañoso de  
la muerte.

Allá arriba guardaba yo sus ataúdes: lle-  
nas estaban las lóbregas bóvedas de tales  
trofeos de victoria. Desde ataúdes de cristal  
me miraba la vida vencida.

Yo respiraba el olor de eternidades redu-  
cidas a polvo: sofocada y llena de polvo ya-  
cía mi alma por el suelo. ¡Y quién habría  
podido airear allí su alma!

Una claridad de medianoche me rodeaba  
constantemente, la soledad se había acurru-  
cado junto a ella; y, como tercera cosa, un  
mortal silencio lleno de resuellos, el peor de  
mis amigos.

Yo llevaba llaves, las más herrumbrosas  
de las llaves; y entendía de abrir con ellas  
la más chirriante de todas las puertas.

Semejante a irritado graznido de cornejas  
corría el sonido por los largos corredores  
cuando las hojas de la puerta se abrían: hos-  
tilmente chillaba aquel pájaro, no le gustaba  
ser despertado.

Pero más espantoso era todavía y más  
oprimía el corazón cuando de nuevo se hacía  
el silencio y alrededor todo enmudecía y yo  
estaba sentado solo en medio de aquel pér-  
fido callar.

Así se me iba y se me escapaba el tiempo,  
si es que tiempo había todavía: ¡qué sé yo  
de ello! Pero finalmente ocurrió algo que  
me despertó.

Por tres veces resonaron en la puerta gol-  
pes como truenos, y por tres veces las bóve-  
das repitieron el eco aullando: yo marché en-  
tonces hacia la puerta.

¡Alpa!, exclamé, ¿quién trae su ceniza a la  
montaña? ¡Alpa! ¡Alpa! ¿Quién trae su ce-  
niza a la montaña?

Y metí la llave y empujé la puerta y for-  
cejeé. Pero no se abrió ni lo ancho de un  
dedo:

Entonces un viento rugiente abrió con vio-  
lencia sus hojas: y entre agudos silbidos y  
chirridos arrojó hacia mí un negro ataúd:

Y en medio del rugir, silbar y chirriar el  
ataúd se hizo pedazos y vomitó miles de car-  
cajadas diferentes.

Y desde mil grotescas figuras de niños,  
ángeles, lechuzas, necios y mariposas gran-  
des como niños, algo se rió y se burló de  
mí y rugió en contra mía.



Un espanto horroroso se apoderó de mí:  
me arrojé al suelo. Y yo grité de horror como  
jamás había gritado.

Pero mi propio grito me despertó: —y  
volví en mí.—

El colombiano Porfirio Barba-Jacob (1883-  
1942), nos regala con este cuadro en su poema  
**Acuarimántima**:

En libre vuelo, el cielo de mi América  
hender he visto un **cóndor negro**, errante.  
¿Qué abismo circunscribe? ¿Qué intacta nieve  
augura?

Por las arterias de los ciervos montesinos  
discurre para el cóndor la sangre enardecida,  
bajo las pieles lúcidas, entre las carnes bellas.  
¡La presa viva!, ¡el pico ensangrentado!,  
¡el ala pronta!, ¡el ímpetu del vuelo!  
Y un delirar de cumbres y centellas.

Observemos la formación ornitofóbica en el poe-  
ma **Neurosis**, de Francisco Castillo Nájera (1886-  
1954):

He sentido en mis horas amargas,  
Sacudidas que crispan los nervios,  
Emociones que agitan el alma,  
Indecisos y extraños anhelos;  
Una lucha terrible, sangrienta,  
He sentido librarse en mi pecho,  
¡Y he sentido de una ansia infinita  
El potente y furioso aleteo!  
Una sed me devora y me abrasa,  
Una sed de imprecisos deseos,  
Y parecen correr por mis venas  
Impetuosos torrentes de fuego.

Una angustia mortal me domina,  
Convulsiones que crispan los nervios,  
¡Y mi espíritu débil se lanza  
En la furia impetuosa del vértigo!  
Amalgama de intensos dolores,  
Amalgama de extraños tormentos,  
He sentido en mis horas de angustia,  
En las horas amargas de tedio,  
Horas tristes que el alma enloquecen  
Y la cubren con trágico velo,  
Horas tristes, amargas, siniestras,  
De fatiga, pesar, decaimiento,  
En que mi alma se siente abrumada  
Y la muerte me llama a su seno;  
En que siento glacial calosfrío

Que me hiela y sacude los huesos,  
Y una fiebre me abrasa implacable  
Y furiosa me crispa los nervios!  
Yo he sentido toda esa amalgama,  
En mis pávidas noches de enfermo,  
En las horas de intensa neurosis,  
**Cuando un buitre desgarrar mi pecho,**  
**¡Y parece beberse mi sangre,**  
Y en pedazos romper mi cerebro!

La argentina Blanca Rosa González Barlett  
simbolizó su trauma infantil, en su **Elogio a la  
muerte**:

¡Oh muerte vengadora! ¡muerte fiera...  
que traspasas la llama del misterio  
y libras de este rudo cautiverio  
a las almas dolientes de la tierra!

¡Soy yo quien te proclama triunfadora  
y soy quien te reclama aquí presente!  
Eres sí nuestro amparo, ¡sí!, la fuente  
que separa la noche de la aurora...

Eres quien al rasgar esas tinieblas  
con que envuelves tu mano redentora,  
nos defiendes del **ave carnícera**  
que con curvado pico nos devora  
y ensañando sus uñas placenteras  
nos araña la entraña hora por hora.





Escuchemos los lamentos insomnes de Vicente Gaos, quien en su poema **Pájaros** se defiende ante la idea de ser muerto por los pezones malignos:

Como aves espectrales se abalanzan  
mis inquietudes en bandada y vienen  
a hostigarme en la noche, en la honda noche.  
¿Qué puedo hacer yo, solo e indefenso,  
para librarme de sus corvos picos,  
de sus buidas garras, de sus ojos  
que implacables reflejan lo más negro  
de la vida y la muerte? ¿De sus alas  
raudas, pero tenaces, pegajosas,  
que me azotan el rostro y huyen, vuelven  
y huyen de nuevo, helándome la piel?  
Dormir, dormir, dormir, cerrar los párpados,  
arrebujarme y acogerme al lecho  
de blanda soledad. Pedir — ¿a quién?—  
que el vuelo de esas aves, que su ronda  
no traspase los límites del sueño,  
no me persiga más allá, no cruce  
de par en par la noche, la ancha noche,  
la alta noche; que cese ya ese ataque  
de picos, garras, alas, ojos que  
implacables reflejan lo más negro  
de la vida y la muerte, penetrando  
hasta las lindes del sufrir del hombre.

Dormir, dormir, dormir, dormir sin sueños,  
sin pesadillas, sin pavor, frontera  
a ese terror en pie de nuestra vida.  
Acogerme a la almohada, hundir en ella  
el rostro, y con los párpados cerrados,  
solo y tendido anticipar la noche  
grande, la noche última, la noche  
a la que nunca llegarán las aves  
que ahora me cercan en su insomne ronda.

Venga esa noche a mí, cese el acoso  
de oscuras inquietudes. Que la vida  
cese ya. No más sueños. Que la nada  
—sin pájaros, sin sombra, sin terrores—  
me acoja blanda. Y cese yo al fin de  
ser hombre: soledad de soledades.

El guanajuatense Eduardo Lizalde en su poema **¡Ay, Prometeo!** Ya miro bien tus fieras, también sufre en sus sueños la presencia simbólica del pezón devorador:

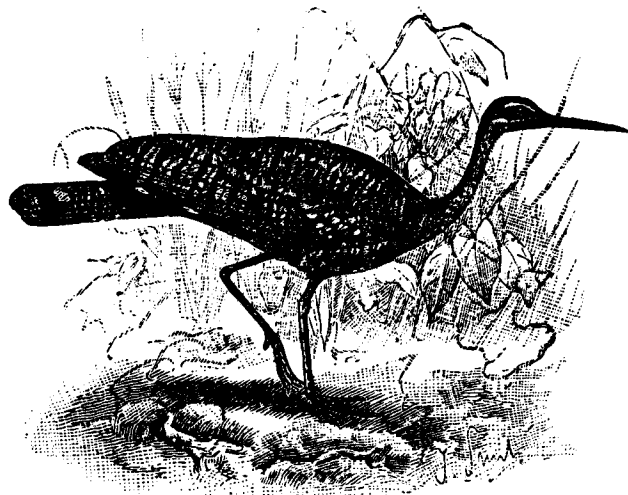
¡Ay, Prometeo! Ya miro bien tus fieras  
y entrañas nutritivas.  
Termina el túnel del sueño cotidiano,  
pero irrumpe a una luz más deslucida  
que el negror de los sueños.

Tumba es la luz y lápida del sueño  
**sepultado en el pecho como una gallinaza**  
que golpea por dentro en la vigilia  
y vuela al fondo **abriendo carnes con sus ganchos**  
cuando duermo.

Y ella está muerta ahí,  
en la coyuntura de sueño y luz,  
con una muerte activa  
de perra que va y viene por su jaula,  
del sueño al mundo, del mundo al sueño,  
**comiéndome las vísceras**  
como una eterna goma de mascar.

Guillermo Ibáñez, argentino, en **Poema 21**, se le presentó esta imagen:

La noche engendra un corazón ávido  
como **ave de rapiña**  
La noche borra las esperanzas de  
encontrar dulzor  
La noche agría mi corazón  
que es un ave de rapiña  
sin alturas ni vuelos.



Recordemos el verso de Edgar Allan Poe (1809-1849), llamado **El cuervo**:

“¡Partirás, pues has mentido,  
o **ave o diablo!**” clamé, erguido.  
¡Ve a tu noche plutoniana!  
¡goza allá la tempestad!  
¡Ni una pluma aquí sombría,  
me recuerde tu falsía!  
¡Abandona ya este busto!  
¡deja en paz mi soledad!  
¡Quita el pico de mi pecho!  
¡deja mi alma en soledad!  
Dijo el **Cuervo**: «Nunca más.»

El argentino Guillermo Ibáñez también proyectó sus adaptaciones tanáticas:

Entre los **buitres de los sueños**  
Entre los buitres angelicales  
monstruosamente acicalados, surge el fuego,  
hecho por el tedio de los volcanes interiores  
Por eso en la noche de todos los silencios  
y de la gruta estrellada,  
los papeles y los ojos se mezclan  
en habladurías

En **Hallazgos, ideas, problemas**, en relación con el tener y el ser en el niño Freud expresó:

El niño prefiere expresar la relación objetiva mediante la identificación: «Yo soy el objeto.» El tener es ulterior, y vuelve a recaer en el ser una vez perdido el objeto. Modelo, el pecho materno. «El pecho es una parte mía; yo soy el pecho» Más tarde, tan sólo: «Yo lo tengo» es decir: «Yo no lo soy...»

Veamos un ejemplo de cómo Neruda totemizó el pezón materno en su poesía **El pájaro yo**:

Me llamo **pájaro Pablo**,  
ave de una sola pluma,  
volador de sombra clara  
y de claridad confusa,  
las alas no se me ven,  
los oídos me retumban  
cuando paso entre los árboles  
o debajo de las tumbas  
cual un funesto paraguas  
o como espada desnuda,  
estirado como un arco

o redondo como una uva,  
vuelo y vuelo sin saber,  
herido en la noche oscura,  
quiénes me van a esperar,  
quiénes no quieren mi canto,  
quiénes me quieren morir,  
quiénes no saben que llego  
y no vendrán a vencerme,  
a sangrarme, a retorcerme  
o a besar mi traje roto  
por el silbido del viento.  
Por eso vuelvo y me voy,  
vuelo y no vuelo, pero canto:  
soy el pájaro furioso  
de la tempestad tranquila.

En el poema **Siesta**, Alfonsina Storni (1892-1938), sufrió una identificación con el pezón devorado por el pecho maligno:

Se oye un pequeño ruido:  
entre las pajas mueve  
su cuerpo amosaicado  
una larga **serpiente**.  
Ondula con dulzura.  
Por las piedras calientes  
se desliza, pesada,  
después de su banquete  
de dulces y pequeños  
**pájaros aflautados**  
que le abultan el vientre.

Veamos la disociación simbólica de pecho y pezón que intuyó José Santos Chocano (1875-1934), en su poema **Las orquídeas**:

En los nudos de un tronco hacen escalas,  
y ensortijan sus talles de **serpientes**,  
hasta quedar en la altitud pendientes,  
a manera de **pájaros sin alas**.

En su libro **poemas amorosos**, Vicente Aleixandre (n. 1898), nos muestra en su **Cobra** la separación del pecho y el pezón:

**La cobra** toda ojos,  
bulto echado la tarde (baja, nube),  
bulto entre hojas secas,  
rodeada de corazones de súbito parados.





Relojes como pulsos  
 en los árboles quietos son pájaros cuyas  
 gargantas cuelgan,  
 besos amables a la cobra baja  
 cuya piel es sedosa o fría o estéril.

Cobra sobre cristal,  
 chirriante como navaja fresca que deshace a una  
 virgen,  
 fruta de la mañana,  
 cuyo terciopelo aún está por el aire en forma de  
 ave.

José Jurado Morales, en *Pena y llanto de la casada infiel*, pone en boca de su personaje la siguiente imagen zoológica:

Dame olores y rocíos  
 de entre noche y madrugada,  
 cuando los silencios cruzan  
 como sombras asustadas,  
 y quedan mudos los grillos,  
 y quietas quedan las ranas,  
 y se enroscan las culebras,  
 de pájaros ya empachadas.

Todo poeta ha sufrido en su infancia un trauma oral, razón por la cual simboliza frecuentemente el recuerdo del pecho devorante en forma zoofóbica; v.b.g.: la serpiente, el tigre, etc., o bien aves de presa como el águila y el buitre. El pájaro indefenso, como hemos visto en los últimos ejemplos, simboliza el recuerdo del pezón que el infante consideraba parte integrante de su propio cuerpo (Freud-Ferenczi). Veamos ahora unos ejemplos del símbolo del pájaro.

Luis de Góngora (1561-1627) relacionó el símbolo oral al gozo inconsciente en el rechazo, en esta décima:

Guerra me hacen dos cuidados  
 de contrarios accidentes:  
 uno de males presentes,  
 otro de bienes pasados.  
 En la memoria cebados,  
 voraz símil cada cual  
 del buitre ha sido infernal,  
 cuyo insaciable desdén  
 plumas ha vestido al bien,  
 garras ha prestado al mal.



Francisco de Quevedo (1580-1645) relacionó el símbolo con el gozo inconsciente en el abandono:

Músico llanto en lágrimas sonoras  
llora monte doblado en cueva fría,  
y destilando líquida armonía,  
hace las peñas cítaras canoras.

Ameno y escondido a todas horas,  
en mucha sombra alberga poco día:  
no admite su silencio compañía,  
sólo a ti, solitario, cuando lloras.

Son tu nombre, color, y voz doliente,  
señas más que de **pájaro**, de amante:  
puede aprender dolor de ti un ausente.

Estudia en tu lamento y tu semblante  
gemidos este monte y esta frente:  
y tienes mi dolor por estudiante.

El boliviano Ricardo Jaimes Freire (1870-1933),  
en su poema **Lustral**, asoció el recuerdo oral-tanático al símbolo ornitóforico:

Llamé una vez a la visión,  
y vino.  
Y era pálida y triste, y sus pupilas  
ardían como hogueras de martirios.  
Y era su boca como un **ave negra**,  
de negras alas.  
En sus largos rizos  
había espinas; en su frente, arrugas.  
Tiritaba.  
Y me dijo:  
—¿Me amas aún?

Sobre sus negros labios  
posé los míos;  
en sus ojos de fuego hundí mis ojos,  
y acaricié la zarza de sus rizos.  
Y uní mi pecho al suyo, y en su frente  
apoyé mi cabeza.  
Y sentí el frío  
que me llegaba al corazón, y el fuego  
en los ojos.  
Entonces,  
se emblanqueció mi vida como un lirio.

Enrique González Martínez (1871-1952), mejicano, en su poema **Interrogación**, nos ofrece su adaptación al deseo de ser envenenado por el pezón materno, y las defensas simbólicas consecuentes, que informan de la fase anal sádica:

Y el grito interrogante de una invisible boca  
rasgó de los espacios el silencio infinito:  
“¿Qué viento os arrebató, despavoridas sombras  
**que bebisteis locuras en ponzoñosos filtros**  
y en orgía de sangre os revolcáis ahora?  
¿Qué ser irresponsable os perturba el sentido?  
¿Qué voz llama en los mares de embravecidas olas?  
¿Qué seducción de muerte os empuja al abismo?”

Vuestra vida es un canto de atropelladas notas  
que un lunático ensaya sin acorde y sin ritmo.”

“Un perverso ha violado los cerrojos del arca  
de Pandora a los postres del convivio siniestro,  
y la vieja discordia arrojó la manzana  
que provoca las iras y los odios fraternos.  
Los **vampiros nocturnos** desplegaron las alas  
y de **niveas palomas** ahuyentaron el vuelo.  
Leviatanes de instintos enrojecen las aguas  
incendiando los mundos con sus ojos de fuego.”

“Hace siglos, ¡oh, **buitres insaciables e impuros**  
que husmeáis los festines de **podridas carroñas!**,  
hacia el sol elevasteis los altares del culto  
y fingisteis deidades con la lluvia y la aurora,  
y temblabais de espanto bajo el trueno profundo,  
y elevabais un templo a la luna que asoma,  
y al pensar en la muerte tiritabais de susto.”

“Y el odio forjó el miedo y separó las razas.  
Deidades iracundas endiosaron delitos  
y en la cándida tierra dividieron las aguas,  
estrujaron los campos y disputaron ríos  
en que el árbol bebía su verdor y su savia  
y con suaves murmurios endulzaba el camino.  
Detuvisteis el paso de las horas doradas  
en que todo era nuestro y no tuyo ni mío;  
para invocar la muerte elevasteis plegarias,  
abristeis las cavernas de todos los instintos,  
**y en las maternas ubres de leche emponzoñada**  
abrevaron sedientos los labios de los niños.  
Afilasteis las **puntas** que hieren a mansalva,  
la codicia del oro despertó el latrocinio,  
y los mantos azules del mar y la montaña  
se tiñeron con sangre de mendaz heroísmo.”

Leonardo da Vinci



Leopoldo Lugones (1874-1938), en su poema **Lied del pájaro y la muerte**, plasmó su adaptación oral tanática:

Gorjea en su plenitud  
el **pajarillo amoroso**,  
y en mi pecho silencioso  
se angustia una honda inquietud.

Canta, canta, sin cesar,  
con trino tan claro y fuerte,  
que puede darse la muerte  
del exceso de cantar.

Canta, canta su pasión  
hasta morir dulce y blando...  
¡Tú mueres mejor callando,  
valeroso corazón!

José Santos Chocano (1875-1934), en **Letitiae**, relacionó el símbolo a la melancolía y a la muerte:

**¡Alégrate, juventud!**

Melancolía prematura  
quiere amenguar los bríos de tu savia viril.  
¡Cede al amor el pecho  
y enguirnalda tus sienes como un ramo de abril!

Sobre las tumbas de tus padres  
debes pasar tu arado; si abres el ataúd,  
verás tú cómo se escapan  
**pájaros resonantes** que te dicen a coro:

**¡Alégrate, juventud!**

En el poema **últimas lamentaciones de Abel Martín**, relacionó Antonio Machado (1875-1938), en un sueño, el símbolo del pezón al fenómeno de petrificación:

Soñé la galería,  
al huerto de ciprés y limonero:  
tibias **palomas en la piedra fría**,  
en el cielo de añil, rojo pandero,  
y en la mágica angustia de la infancia  
la vigilia del ángel más austero.

La ausencia y la distancia  
volví a soñar con túnicas de aurora;  
firme en el arco tenso la saeta  
del mañana, la vista aterradora  
de la llama prendida en la espoleta  
de su granada.

Veamos este fragmento del poema **Los ojos negros de Julieta**, de Julio Herrera y Reissig (1875-1910):

¡Son cual osiánicas nubes  
que dan vértigo y desmayo;  
con el relámpago alumbran,  
para matar con el rayo!  
¡Son los **negros ruiñes**  
de mis noches de insosiego:  
son dos duendes emboscados  
en un castillo de fuego!

Volvamos a ver la disociación entre pecho y pezón, en el poema de Delmira Agustini (1887-1914) intitulado **El dios duerme** y dedicado **A Julieta en la tumba de Julio**:

El dios duerme su gloria a tu amparo, Julieta;  
una lanza de amor en tu brazo sonrosa;  
su **berceuse** fue blanca, tu **berceuse** es violeta...  
Eres rosa en su lecho, eres lirio en su fosa.

—Las **serpientes** del mundo, apuntadas, acechan  
las **palomas celestes** que en tu carne sospechan.

El dios duerme, Julieta; su almohada es de  
estrellas  
pulidas por tu mano, y tu sombra es su manto;  
la veladora insomne de tu mirada estrellas  
en la noche, rival única de tu encanto.

—Y las bellas serpientes encendidas, meditan  
en las suaves palomas que en tu cuerpo dormitan.

Y el dios despertará, nadie sabe en qué día,  
nadie sueña en qué tierra de glorificación.  
Si se durmió llorando, que al despertar sonría...

En el vaso de luna de tu melancolía  
salva como un diamante rosa tu corazón.

¡Y sálvalo de Todo sobre tu corazón!



Analicemos la poesía **Otra estirpe**, también de la egregia uruguaya Delmira Agustini:

Eros, yo quiero guiarte, Padre ciego...  
pido a tus manos todopoderosas  
¡su cuerpo excelso derramado en fuego  
sobre mi cuerpo desmayado en rosas!

La eléctrica corola que hoy despliego  
brinda el nectario de un jardín de Esposas;  
para sus **buitres** en mi carne entrego  
todo un enjambre de **palomas rosas**.

Da a las dos sierpes de su abrazo, crueles,  
mi gran tallo febril... Absintio, mieles,  
viérteme de sus venas, de su boca...

¡Así tendida, soy un surco ardiente  
donde puede nutrirse la simiente  
de otra Estirpe sublimemente loca!

Alfonsina Storni (1892-1938), en su poema **Irremediablemente mujer**, relaciona la adaptación masoquista oral al símbolo devorante:

Tú pasarás por mí, sobre una fuente,  
en un vuelo soberbio de **pájaro de presa**;  
te beberás el agua de la vida que mana  
y te irás por los cielos a buscar primaveras.

Se quedará la fuente manando siempre el agua,  
rebosará la linfa donde bebieras, ave,  
y en las tarde de oro, cuando queme la tierra,  
soñará con tus alas de brillante plumaje.

Puede ser que algún día, nuevamente de paso,  
vuelvas por un momento a posar en la fuente,  
y el agua que la llena, inexperta nacida,  
te dirá como entonces: —Ave de presa, bebe...

Juana de Ibarbourou (n. 1895), en su poema **Las lenguas de diamante**, de su libro **La luz interior**, plasmó este cuadro de adaptación al rechazo oral:

Bajo la luna llena, que es una oblea de cobre,  
Vagamos taciturnos en un éxtasis vago,  
Como sombras delgadas que se deslizan sobre  
Las arenas de bronce de la orilla del lago.

Silencio en nuestros labios una rosa ha florido.  
¡Oh, si a mi amante vencen tentaciones de hablar!,  
La corola, deshecha, como un **pájaro herido**,  
Caerá, rompiendo el suave misterio sublunar.

¡Oh dioses, que no hable! ¡Con la venda  
más fuerte  
Que tengáis en las manos, su acento sofocad!  
¡Y si es preciso, el manto de piedra de la muerte  
Para formar la venda de su boca, rasgad!

Yo no quiero que hable. Yo no quiero que hable.  
Sobre el silencio éste, ¡qué ofensa la palabra!  
¡Oh lengua de ceniza! ¡Oh lengua miserable,  
No intentes que ahora el sello de mis labios te  
abra!

¡Bajo la luna-cobre, taciturnos amantes,  
Con los ojos gimamos, con los ojos hablemos.  
Serán nuestras pupilas dos lenguas de diamantes  
Movidas por la magia de diálogos supremos!

Juan Ramón Jiménez (1881-1958), de su libro **Perfume y nostalgia**, nos ofrece este poema, en el que relaciona el pezón con el recuerdo de la muerte por hambre:

A la luna de oro, en un tropel, volvían  
los rebaños; el agua dormida de la fuente  
tenía en su cristal **pájaros que jemían**  
y las tristezas amarillas del poniente.

Un grillo vacilaba, y las confusas flores  
del blando prado unjían la brisa taciturna,  
y, en la vereda, retardaban los amores  
la dulce languidez de la vuelta nocturna...

Sueños adolescentes volaban de las cosas,  
el mundo era romántico, las penas eran bellas,  
y los pechos se abrían, con fragancia de rosas,  
a la luz intranquila de las verdes estrellas...

León Felipe (1884-1968), en **Oda rota**, relacionó la face oral traumática con el símbolo del pezón:

¡Ah! ¡Si yo hubiese inventado la manera  
de dominar el mar...  
la amargura del mar!







O si le hubiese amputado el **pico al pájaro del pecho**  
para que no perturbase la blanca impavidez  
de las pecheras almidonadas...

Alfonso Reyes (1889-1959), en **Ifigenia cruel**,  
relacionó el símbolo del pezón con el de la leche:

¡Virtud escasa, voluntad escasa!  
¡Pajarillo cazado entre palabras!  
Si la imaginación, henchida de fantasmas,  
no sabrá ya volver del barco en que tú partas,  
la lealtad del cuerpo me retendrá plantada  
a los pies de Artemisa, donde renazco esclava.

Robarás una voz, rescatarás un eco;  
un arrepentimiento, no un deseo.  
Llévate entre las manos, cogidas con tu ingenio,  
estas dos conchas huecas de palabras: ¡No quiero!

César Vallejo (1892-1938), en **Ausente**, relacionó el símbolo del pájaro con el gozo inconsciente en el abandono:

¡Ausente! La mañana en que me vaya  
más lejos de lo lejos, al Misterio,  
como siguiendo inevitable raya,  
tus pies resbalarán al cementerio.

¡Ausente! La mañana en que a la playa  
del mar de sombra y del callado imperio,  
como un **pájaro lúgubre** me vaya,  
será el blanco panteón tu cautiverio.

Se habrá hecho de noche en tus miradas;  
y sufrirás, y tomarás entonces  
penitentes blancuras laceradas.

¡Ausente! ¡Y en tus propios sufrimientos  
ha de cruzar entre un llorar de bronce  
una jauría de remordimientos!

En **Avestruz**, además plasmó un cuadro oral-tanático:

Melancolía, saca tu dulce pico ya;  
no cebes tus ayunos en mis trigos de luz.  
Melancolía, ¡basta! ¡Cuál beben tus puñales  
la sangre que extranjera mi sanguijuela azul!

No acabes el maná de mujer que ha bajado;  
yo quiero que de él nazca mañana alguna cruz,  
mañana que no tenga yo a quién volver los ojos,  
cuando abra su gran O de burla el ataúd.

Mi corazón es tiesto regado de amargura;  
hay otros viejos **pájaros que pastan dentro de él...**  
Melancolía, deja de secarme la vida,  
¡y desnuda tu labio de mujer...!

Vicente Aleixandre (n. 1898), en fragmento de  
su poema **Soy el destino**, relacionó la piedra con  
el pezón:

Yo no quiero leer en los libros una verdad  
que poco a poco sube como un agua,  
renuncio a ese espejo que  
dondequiera las montañas ofrecen,  
pelada **roca** donde se refleja mi frente  
cruzada por unos **pájaros cuyo sentido ignoro**.

En el poema **El silencio**, proyectó el recuerdo  
de su cansancio de hambre:

Miró, miró por último y quiso hablar.  
Unas borrosas letras sobre sus labios aparecieron:  
—Amor. Sí, amé. He amado. Amé, amé mucho.—  
Alzó su mano débil, su mano sagaz,  
y un **pájaro** voló súbito en la alcoba.  
—Amé mucho—, el aliento aún decía.  
Por la ventana negra de la noche  
las luces daban su claridad  
**sobre una boca  
que no bebía ya de un sentido agotado.**  
Abrió los ojos. Llevó su mano al pecho y dijo:  
—Oídm.—  
Nadie oyó nada. Una sonrisa oscura  
veladamente puso su dulce máscara  
sobre el rostro, borrándolo. Un soplo sonó:  
—Oídm.—  
Todos, todos pusieron su delicado oído.  
—Oídm.—  
Y se oyó puro, cristalino, el silencio.

En **Los besos**, asoció el pezón a la castración:

No te olvides, temprana, de los besos un día.  
De los besos alados que a tu boca llegaron.  
Un instante pusieron su plumaje encendido  
sobre el puro dibujo que se rinde entreabierto.

Te rozaron los dientes. Tú sentiste su bulto.  
En tu boca latiendo su celeste plumaje.  
Ah, redondo tu labio palpitaba de dicha.  
¿Quién no besa pájaros cuando llegan, escapan?

Entreabierta tu boca vi tus **dientes** blanquísimos.  
Ah, los picos delgados entre labios se hunden.  
Ah, picaron celestes, mientras dulce sentiste  
que tu cuerpo ligero, muy ligero, se erguía.

¡Cuán graciosa, cuán fina, cuán esbelta reinabas!  
Luz o pájaros llegan, besos puros, plumajes.  
Y oscurecen tu rostro con sus alas calientes,  
que te rozan, revuelan, mientras ciega tú brillas.

No lo olvides. Felices, mira, van, ahora escapan.  
Mira: vuelan, ascienden, el azul los adopta.  
Suben altos, dorados. Van calientes, ardiendo.  
Gimen, cantan, esplenden. En el cielo deliran.

Emilio Prados (1899-1962), creó el símbolo del  
pezón en torno a su muerte:

Desde mi sangre ¡qué clavos,  
como gusanos de hierro  
arrastrando por mis venas  
vendrán a mis ojos, lentos,  
para podrirlos! ¡Qué fríos  
el pájaro y la raíz  
desclavarán sus espejos!...  
Mi carne, como agua turbia,  
los sostendrá, hasta que ciego  
el límite se deshaga  
y, libres, desde mi cuerpo  
—recuerdo ya de mi paso—,  
vuelvan al árbol y al viento.  
¡Qué dolor de desprendido  
me irá clavando el silencio!  
Pero ¡qué luz me hará, firme,  
pájaro y árbol ya eterno!

Jorge Luis Borges (n. 1899), en su poema **Frag-  
mento**, se defiende contra sus imágenes zoofóbi-  
cas:

Una espada para la mano  
que regirá la hermosa batalla, el tejido de  
hombres,  
una espada para la mano  
que enrojecerá los dientes del lobo  
y el despiadado **pico del cuervo**,  
una espada para la mano

que prodigará el oro rojo,  
una espada para la mano  
que dará muerte a la serpiente en su lecho de oro,  
una espada para la mano  
que ganará un reino y perderá un reino,  
una espada para la mano  
que derribará la selva de lanzas.  
Una espada para la mano de Beowulf.

En **El enemigo generoso**, nos ofrece un símbolo  
ornitológico singular:

Que en tus ejércitos militen  
el oro y la tempestad, Magnus Barfod.  
Que mañana, en los campos de mi reino,  
sea feliz tu batalla.  
Que tus manos de rey tejan terribles la tela de  
la espada.  
Que sean **alimento del cisne rojo**  
los que se oponen a tu espada.  
Que te sacien de gloria tus muchos dioses,  
que te sacien de sangre.  
Que seas victorioso en la aurora,  
rey que pisas a Irlanda. Que de tus muchos días  
ninguno brille como el día de mañana.



Recordemos uno de los primeros poemas que escribió Alfonso Reyes:

¡Viajero, a tu amor el jugo daré  
de mi uva carnal, **mi rojo pezón**,  
y el dios cantará ruidoso ¡evohé!  
como una ovación!

Recordemos la escena de Goethe, en la que Fausto da a conocer a Mefistófeles la razón por la cual había rechazado a una linda muchacha que lo invitaba a bailar:

“¡Ah! En medio del canto, saltó de su boca un ratoncillo colorado.”

Rafael Alberti (n. 1902), en su poema **Los ángeles crueles**, también asocia el símbolo del ave, a la muerte:

**Pájaros, ciegos los picos**  
de aquel tiempo.  
Perforados,  
por un **rojo alambre** en celo,  
la voz y los albedríos,  
largos, cortos, de sus sueños:  
la mar, los campos, las nubes,  
el árbol, el arbolillo...  
Ciegos, muertos.

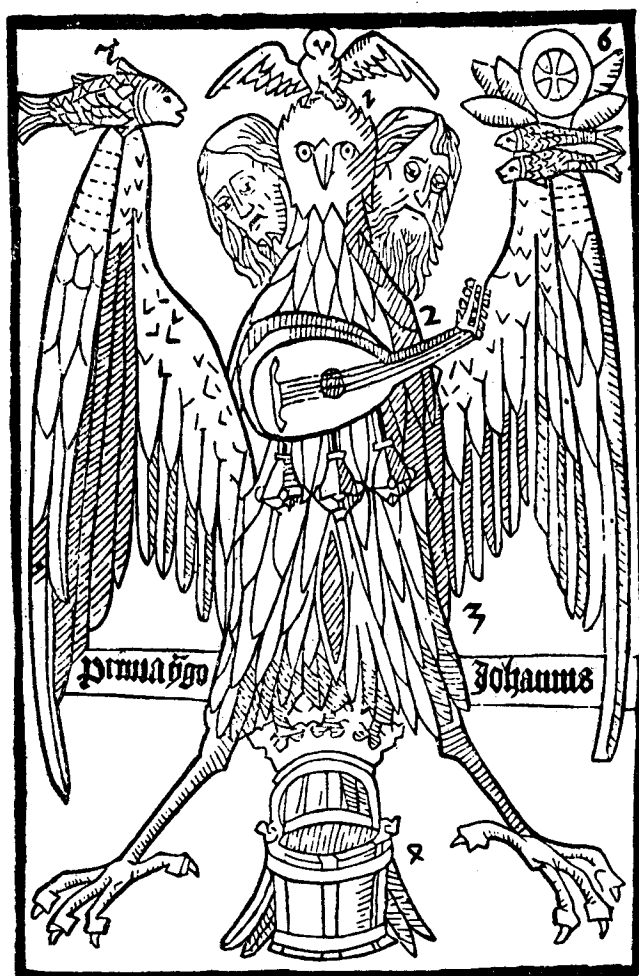
—¡Volad!  
—No podemos.  
¿Cómo quieres que volemos?—

Jardines que eran el aire  
de aquel tiempo.  
Cañas de la ira nocturna,  
espolazos de los torpes,  
turbios vientos,  
que quieren ser hojas, flor,  
que quieren...  
¡Jardines del sur, deshechos!  
Del sur, muertos.

—¡Airead!  
—No podemos.  
¿Cómo quieres que aireemos?—

En tus manos,  
aún calientes, de aquel tiempo,  
alas y hojas difuntas.

Enterremos.



En **Sueño**, **fracaso**, lo asoció a la castración:

Esqueleto de níquel. Dos gramófonos  
de plata, sin aguja, por pulmones.  
¡Oh, cuerpo de madera, sin latido!

¿Cómo olvidarte a ti, rosa mecánica,  
imposible, de pie, bajo el eléctrico  
verdor frío, cerrada como un mueble?

¿Cómo olvidar, ¡oh, di!, que tu melena,  
**cuervo sin savia y vida**, rodó, triste,  
de mi caricia igual, al desengaño?

**Sin cabeza**, a tus pies, sangra mi sueño.  
¿Cómo hacerle subir hasta mi frente,  
retornar, flor mecánica, mentira?

¡Abrid las claraboyas! ¡Rompe, luna,  
daga adversa del viento, que me ahogo,  
romped, herid, matad ese retrato!

Y dadle cuerda al sol, que se ha fundido.

En **Angel falso**, lo asoció tanto a la castración  
como a la muerte:

¿Para qué seguir andando?  
Las humedades son íntimas de los vidrios  
en punta y después de un mal sueño  
la escarcha despierta clavos  
**o tijeras capaces de helar el luto de los cuervos.**

Todo ha terminado.  
Puedes envanecerte, en la cauda marchita  
de los cometas que se hunden,  
de que mataste a un muerto,  
de que diste a una sombra  
la longitud desvelada del llanto,  
de que asfixiaste el estertor  
de las capas atmosféricas.

Miguel Hernández (1910-1942), en su poema  
**Sino Sangriento**, también relacionó el símbolo con  
la adaptación tanática:

En su alcoba poblada de vacío  
donde sólo concurren las visitas,  
**el picotazo y el color de un cuervo**,  
un manojo de cartas y pasiones escritas,  
un puñado de sangre y una muerte conservo.

Octavio Paz (n. 1914), en **Pausa**, también asoció el símbolo a la petrificación:

Llegan  
Unos cuantos **pájaros**  
Y una idea negra.

Rumor de árboles,  
Rumor de trenes y motores,  
¿Va o viene este instante?

El silencio del sol  
Traspasa risas y gemidos,  
**Hunde su pica**  
**Hasta el grito de piedra de las piedras.**

Sol-corazón, piedra que late,  
Piedra de sangre que se vuelve fruto:  
Las heridas se abren y no duelen,  
Mi vida fluye parecida a la vida.

Luis Cernuda (1902-1963), en su poema **La fuente**, asoció el símbolo al recuerdo oral petrificante:

Hacia el pálido aire se yergue mi deseo,  
fresco rumor insomne en fondo de verdura,  
como esbelta columna, mas truncada su gracia  
corona de las aguas la calma ya celeste.

Plátanos y castaños en lisas avenidas  
se llevan a lo lejos mi suspiro diáfano,  
de las sendas más claras a las nubes ligeras,  
con el lento aleteo de las **palomas grises.**

Al pie de las estatuas por el tiempo vencidas,  
mientras copio su **piedra**, cuyo encanto ha fijado  
mi trémulo **esculpir de líquidos momentos**,  
única entre las cosas, muero y renazco siempre.

Este brotar continuo viene de la remota  
cima donde cayeron dioses, de los siglos  
pasados, con un dejo de paz, hasta la vida  
que dora vagamente mi azul ímpetu helado.

Por mí yerran al viento apaciguados dejos  
de las viejas pasiones, glorias, duelos de antaño  
y son, bajo la sombra naciente de la tarde,  
misterios junto al vano rumor de los efímeros.



El hechizo del agua detiene los instantes:  
soy divino rescate a la pena del hombre,  
forma de lo que huye de la luz a la sombra,  
confusión de la muerte resuelta en melodía.

José Suárez Carreño (n. 1915), mejicano, en su poema **El viento lejano**, asoció el pájaro a los símbolos de la piedra y de la luz:

La soledad de la noche  
es dura como la piedra  
de las rocas: siglos mudos,  
oscura y lenta materia.  
Luz de luna sin destino.  
Fría y sin amor, desierta.  
Luz que se pierde en las hondas  
masas del frío. La sierra  
sin nadie. La luna sola.  
En el bosque la madera.  
El viento se pierde lejos,  
**ave triste**, angustia lenta  
que no es el cielo ni el monte,  
que no es carne, luz, ni piedra.

Germán Bleiberg (n. 1915), madrileño, simbolizó el pezón en esta regresión oral:

Cuando volvamos a ese manantial de amor,  
cuando volvamos a nosotros mismos,  
olvidando las zarzas surgiendo del sendero,  
los negros abismos que nos alejan  
durante dolores, al parecer, invulnerables,  
comprenderemos que la libertad  
hay que buscarla en playas  
de anónimas ondas,  
donde la vida es una fruta  
cada día arrancada del árbol firme  
creciendo en nosotros mismos.

Y cuando **cenicientos pájaros** nos instalen  
en la vertiente opuesta del ensueño,  
como exangües héroes  
cansados de la estéril batalla  
que ninguna victoria corona,  
en la sombra proyectada del olvido  
aún musitará una flor herida  
la canción de nuestras huellas silenciosas,  
huellas rezumando eternidad,  
porque habremos aprendido  
que el amor es el vivo principio nuestro  
de cada día,  
principio fúlgido entre tinieblas,  
**cuando volvamos al manantial**,

donde el mundo finge su origen,  
su cálido rescoldo,  
su involuntario nacimiento.

La madrileña Gloria Fuertes (n. 1918), en su poema **Los bosques de Pensilvania**, relacionó el símbolo a la castración y a la muerte:

Cuando un árbol gigante se suicida,  
harto de estar ya seco y no dar **pájaros**,  
sin esperar al hombre que lo **tale**,  
sin esperar al viento,  
lanza su última música sin hojas  
—sinfónica explosión donde hubo nidos—,  
crujen todos sus huesos de madera,  
caen dos gotas de savia todavía  
cuando estalla su tallo por el aire,  
ruedan sus toneladas por el monte,  
lloran los lobos y los ciervos tiemblan,  
van a su encuentro las ardillas todas,  
presintiendo que es algo de belleza que muere.

Rafael Morales (n. 1919), poeta de Talavera de la Reina, relacionó a la soledad con el pecho devorador, en su poema **Paisaje**:

Qué silencio tan grande el de este campo,  
qué vastas y dormidas soledades,  
qué inmensidad vacía, qué tremenda  
tristeza derramada por los aires.

La sierra se derrumba lentamente  
sobre la mansa angustia de los valles  
que elevan puros, asombrados, ciegos,  
el encendido grito de los árboles.

El cielo es plomo gris que se derrumba  
sobre el pavor silente del paisaje,  
es un **inmenso buitre hambriento** y sordo,  
un infinito dios amenazante.

El poeta ovetense Angel González (n. 1925), relacionó el símbolo del pezón materno con el incógnito símbolo de la luz:

Milagro de la luz: la sombra nace,  
choca en silencio contra las montañas,  
se desploma sin peso sobre el suelo  
desvelando a las hierbas delicadas.

Los eucaliptos dejan en la tierra  
la temblorosa piel de su alargada  
silueta, en la que vuelan fríos  
**pájaros que no cantan**.





Una sombra más leve y más sencilla,  
que nace de tus piernas, se adelanta  
para anunciar el último, el más puro  
milagro de la luz: tú contra el alba.

La uruguaya Delia Horta de Merello, en su  
poema **Canto amparado**, también plasmó esta re-  
lación:

¿De qué mínimo encanto vendrá lo que se aguarda?  
¿Cómo estarás de extática y alerta  
cuando a las sienes descienda  
maravillada aureola con las luces más finas,  
amparando tu canto, que es fuga muchas veces,  
en la órbita azul?

Símbolos, aristas sin sus métricas,  
**rosados pájaros**, oculto abrazo,  
estructura de plata, besos trágicos, todo,  
todo será contigo en el instante  
del alumbramiento.  
Y el canto surgirá inviolado, celeste,  
¡revelación fugaz, que para siempre queda!

Dolores de la Cámara, española, en su libro  
**Diálogo con la soledad**, nos ofrece este ejemplo  
donde relacionó el símbolo del ave, a la adaptación  
inconsciente a la muerte por hambre:

Vivir vida sedienta, mi más negro destino;  
extrañas voces locas definen mi elegir,  
las luces de mi fuente huyeron del camino,  
**los pájaros del tiempo dejaron de existir.**  
¡Oh, mil hojas del árbol del sueño que no vino!  
¿Qué esculturas azules dejaron de esculpir?  
Tal vez vivan la queja salobre que adivino  
en esta noche larga de mi absurdo pedir.  
Venero y cauce secos; su muerte la defino,  
minuto por minuto con ronco devenir,  
en el suspiro ausente que siempre me culmino.

Eduardo Alvarez Tuñón, desde la Argentina  
nos envió su libro **Pueblos entre la mano y el ár-  
bol**, en donde se observan su ornitomanía y la  
idea de morir:

Porque sujetan los ojos a las lunas,  
yo camino hacia los cementerios,  
dejando en las miradas  
mis poemas no escritos.  
¿Es cierto que de los muertos nacen ciudades,  
hombres que han llovido, mujeres que no besan,  
calles sin carnavales ni destierros?

Quizás un día la muerte sea un poema no escrito,  
y un poema no escrito una sangre lejana  
de barrilete herido.

Dímelo boca que también fue niño,  
porque mis hermanos solían salir de noche,  
a mojar las banderas, a recordar antiguos motines  
ya invernados, besarse con maderas,  
cantar pequeños himnos, profetizar hermanos.

**Porque todo es un pájaro;**  
cuando trajeron la noticia de su muerte  
los poetas amados escribieron  
sus versos en lenguaje de árboles.  
Todos mis amigos murieron separados;  
y que creí que la amistad era  
estar enamorado de la muerte;  
juro que escribiré un poema a todo el que se  
muera,  
como el mar crea un niño para luego matarlo,  
porque un niño de espuma no ilumina naranjos.  
En el país de las lluvias. ¿Recuerdas mis hermanos?  
Circos de amaneceres son los muertos;  
maldito pozo azul de querer amarles la mirada.

La uruguaya Elsa Baroni de Barreneche nos  
ofrece esta imagen regresiva en **Númenes acervos**:

En esta primavera de **pájaros perdidos**,  
yo advierto extraños miedos  
y absurdos desvaríos.  
¿Por qué manchan las calles  
parduzcas amapolas  
y es acero afilado  
la palabra en el viento?  
¿Por qué tienen los jóvenes  
un surco entre los ojos  
y las pupilas frías  
como cuentas de vidrio?  
¿Dónde está la alegría  
que es aroma del alma  
y promesa de frutos  
madurados en tiempo?  
¿La de las mariposas  
que se enredan al aire  
como abanicos vivos  
engarzados de gemas?  
Yo he salido a buscarla,  
corazón,  
pecho adentro,  
y la encuentro abatida  
como un niño sin juegos.  
¡Aprisa, entraña mía!



¡Florece tus rosales!  
¡Toda tu sangre roja  
se vuelva en flores tibias!  
¡Que con uñas y dientes  
desgarraré la entraña  
y tal como el pelícano  
la entregaré a los niños!

Ahora leamos estos sonetos tomados del libro **Música de percusión**, del colombiano Helcías Martán Góngora, en donde se relaciona el símbolo ornitológico a la fase oral sexual:

El mastín de mis ojos va contigo,  
va con tu sombra, va con tu mirada,  
va con la huella de tu voz cantada,  
con tu silencio va como testigo.

Va con tu día por el mar del trigo,  
por el desierto de la madrugada,  
lebre de claridad enamorada  
sigo tu cuerpo y tu beldad persigo.

**El halcón prisionero de tu boca  
vuela tras las palomas de tus manos  
y el viento azor de la pasión convoca.**

Rescatado a tus límites serenos,  
en la noche, jaurías y **milanos**  
montan guardia de amor junto a tus senos.

●

Desnuda sobre el lecho de caoba  
—llama en la cima de la esperanza—  
confías que el fervor de la vigilia  
rompa el cristal del alba.

Depositaria de la íntima lumbre,  
en ti principia y acaba el fuego,  
sin dar a luz la palma o el arbusto  
en el nocturno incendio.

Soy la sombra ancestral que te rodea  
las almenas sin muros de tu cuerpo,  
aldea del amor y las **palomas**  
**sin lácteos manantiales en los senos.**

Mejor así para que el surco tuyo  
no dé frutos al hambre y al tedio.  
Cerrada la puerta, al fin de nosotros,  
nadie repetirá las canciones sin eco.

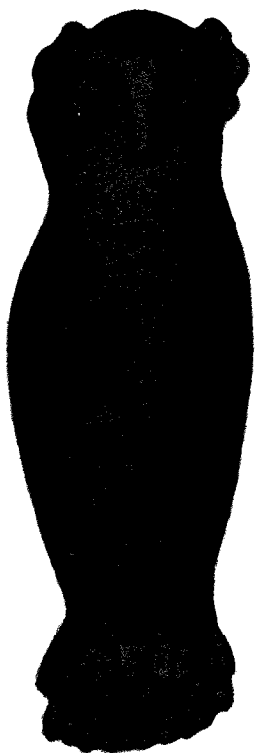
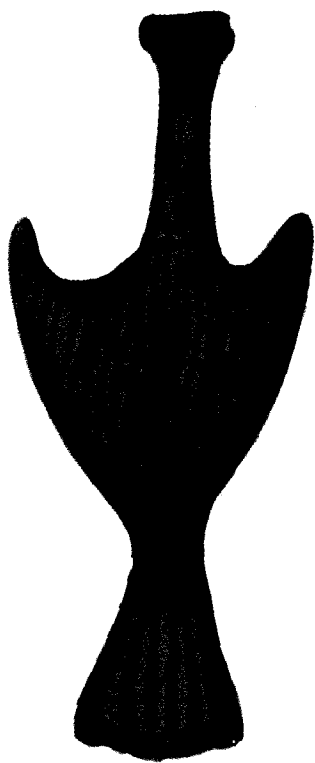
El español Antonio Pereira, en **Hoy vine a levantar las aldabillas**:

Hoy vine a levantar las aldabillas  
y fue romper los sellos de la **muerte**.  
Se abrió el balcón y entró la voz del río,  
bandos de **pájaros que ciegamente**  
**daban contra mi pecho**, lavanderas,  
¡crisantemos qué va!, sólo las flores  
amigas de vivir entre la vida.  
Me hice a un lado, mis manos en mis ojos.  
No es que entrara la luz, es que salía  
la oscuridad que tú nunca has querido,  
los negros algodones con que el cielo  
amante da mordazas a sus muertos.  
Ahora puedes hablar, podemos, madre,  
hablar y hasta cantar, si no es muy alto,  
no vayan a decir que ni siquiera  
nos pusimos de alivio.

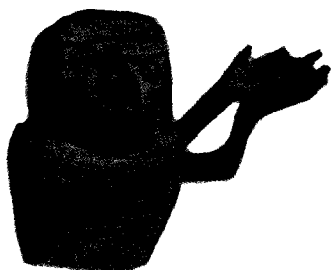
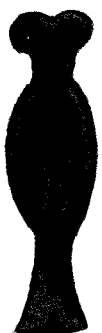
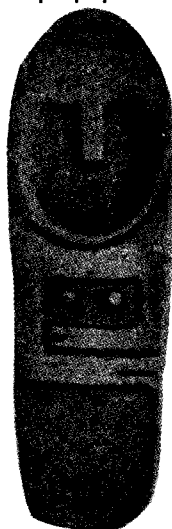
Angel Ramón Mántaras Márquez, argentino, en **Padecimiento No. 1**:

¡Y beberás tus lágrimas!  
Cuando en la noche oscura  
la luna te niegue su cariz.  
Cuando las sombras con formas  
te recuerden mi sombra misma  
saltando tu ventana.  
Y vendrán a saludarte:  
los **negros pájaros** del monte.  
¡Y beberás tus lágrimas!  
Y mis besos congelados  
en el tiempo y la distancia,  
se irritarán al verte.  
¡Y beberás tus lágrimas!  
Y recordarás las horas malgastadas  
de celos y resabios,  
de intriga y blasfemia.  
¡Y beberás tus lágrimas!  
Cuando la noche te envuelva consigo,  
y, en el frío asfalto te encuentres con mi sombra:  
¡Esperándote!  
en la dimensión de tus lágrimas . . .

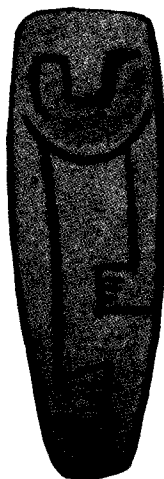




La mujer pájaro en la arqueología argentina



La mujer pájaro en la iconografía arqueológica



Observemos esta regresión en el poema **Cuando crezcas**, de la argentina Elsa Fenoglio:

Cuando crezcas  
miéntele a la madre cada dolor.  
Los ojos crédulos de la madre  
son **pájaros enceguecidos**  
de ternura.

La uruguaya Elena Eyra plasmó esta singular regresión oral, en su poema **Sensación**:

Llevaba los cabellos impregnados  
de una suave y fragante primavera.  
Alas para volar le habían brotado  
de su talle sutil de ave ligera.

Sus manos, cual dos rosas tempraneras,  
portaban sin temor el más preciado  
cristal de ensueño del vaso sagrado,  
pleno de luz y gloria de una espera.

En sus labios de sangre palpitante  
una caricia de pasión nacía.  
Era la mujer niña que anhelante  
vislumbraba la luz de un nuevo día.

Y plena de candor y de pureza  
de pronto descubrió que muy distante  
la hechizó con su encanto y su belleza  
una estrella de brillo deslumbrante.

Quiso echar a volar; mas ignorando  
que unas malignas **aves destructoras**  
cruzaban su camino, interceptando  
su encuentro con la estrella promisor.

De pronto cayó en tierra, y ya destruido  
el vaso de la luz y de la espera,  
aquel fino cristal al fin partido,  
le hirió los labios con herida fiera.

Manó la sangre de la dulce boca  
y aquel ser, presintiendo su agonía,  
sin saber el porqué de su derrota,  
ayuda a las culpables les pedía.

Mas las **funestas aves**, presintiendo  
que aún la niña tal vez vivir pudiera,  
se acercaron a aquella que muriendo  
por caridad clemencia les pidiera.

Y con sus **picos fieros y encorvados**  
dieron a la inocente, feroz suerte,  
hasta que solo el cuerpo ensangrentado  
fue un despojo, retazo de la muerte.

Si, como está comprobado, las adaptaciones neuróticas son causadas por la madre o su sustituto, no debemos considerar nada extraño que aparezca en la mitología la mujer-serpiente, como la Equidna griega, o la Ciuacoatl meshica. La estética arqueológica de casi todas las grandes culturas, produce la imagen de la mujer-pájaro, como podrán observar nuestros lectores en las fotografías que tomé del libro ya citado de Canal Feijóo. Jorge Luis Borges en **Manual de Zoología fantástica**, nos ofrece sus indagaciones mitológicas sobre la arpía:

Para la Teogonía de Hesíodo, **las arpías son divinidades aladas, y de larga y suelta cabellera**, más veloces que los pájaros y los vientos; para el tercer libro de la Eneida, **aves con cara de doncella, garras encorvadas y vientre inmundo, pálidas de hambre que no pueden saciar**. Bajan de las montañas y manciellan las mesas de los festines. Son invulnerables y fétidas; **todo lo devoran, chillando, y todo lo transforman en excrementos**. Servio, comentador de Virgilio, escribe que así como Hécate es Proserpina en los infiernos, Diana en la tierra y luna en el cielo y la llaman diosa triforme, las arpías son furias en los infiernos, arpías en la tierra y demonios (dirae) en el cielo. También las confunden con las parcas.

Por mandato divino, las arpías persiguieron a un rey de Tracia que descubrió a los hombres el porvenir, o que compró la longevidad al precio de sus ojos y fue castigado por el sol, cuya obra había ultrajado. **Se aprestaba a comer con toda su corte y las arpías devoraban o contaminaban los manjares**. Los argonautas ahuyentaron a las arpías; Apolonio de Rodas y William Morris (Life and death of Jason) refieren la fantástica historia. Ariosto, en el canto XXXIII del Furioso, transforma al rey de Tracia en el Preste Juan, fabuloso emperador de los abisinios.





Arpías, en griego, significa las que raptan, las que arrebatan. Al principio, fueron divinidades del viento, como los Maruts de los Vedas, que blanden armas de oro (los rayos) y que **ordeñan las nubes**.

¿Sería mucho pedir que un poeta contemporáneo volviese a reproducir en una visión a la mujer pájaro?

José Santos Chocano, en su poema *Intima*, nos obsequió con este ejemplo:

Esta es mi breve historia  
de nave en torbellino:  
Osado peregrino,  
zarpé contra el Destino;  
y en medio del camino  
sentí un amor que vino  
como caricia suave  
**¡Mujer tú fuiste a modo  
de un pájaro marino caído  
en la desnuda cubierta de mi nave...!**

Y Luis Cernuda, en su poema *¿Son todos felices?*, formó inconscientemente el cuadro mitológico de las arpías:

El honor de vivir con honor gloriosamente,  
el patriotismo hacia la patria sin nombre,  
el sacrificio, el deber de **labios amarillos**,  
no valen un **hierro devorando**  
**poco a poco algún cuerpo** triste a causa de ellos  
mismos.

Abajo pues la virtud, el orden, la miseria;  
abajo todo, todo, excepto la derrota,  
derrota hasta los **dientes**, hasta ese espacio helado  
de una **cabeza abierta en dos** a través de  
soledades,

sabiendo nada más que vivir es estar a solas con la muerte.

Ni siquiera esperar ese **pájaro con brazos de mujer**,  
con voz de hombre oscurecida deliciosamente,  
**porque un pájaro**, aunque sea enamorado,  
no merece aguardarle, como cualquier monarca  
aguarda que las torres maduren hasta **frutos podridos**.

Gritemos sólo,  
gritemos a un ala enteramente,  
para hundir tantos cielos,  
tocando entonces soledades con mano disecada.

Helcías Martán Góngora, en *Animal de octubre*, reveló su experiencia onírica:

Guarde la palabra el tiempo,  
como la roca guarda  
la huella intacta  
del animal inominado:  
ave canora, bestia  
salvaje, da lo mismo:  
hombre, simio o escualo  
para el silencio  
convertido en polvo,  
**mujer, tigre o paloma  
es lo mismo  
en el sueño.**

Fredo Arias de la Canal



---

# TRANSFORMACIONES

El hombre tiene sed

se acerca el hombre a la fuente y llena  
el cuenco de sus manos con agua de la fuente  
ojos entrecerrados

Bebe

Bebe

El agua entre sus manos se convierte en seno de mujer  
en blanco seno transparente

El hombre bebe y bebe del seno de sus manos  
Bebe

El hombre, un niño

el seno blanco de mujer, un pájaro

el niño bebe y bebe

Bebe el cuerpo blanco del ave en el cuenco de  
sus manos

Acerca una vez más la boca el niño

bebe

el agua

el pico

el seno de mujer

el ave

Deja las manos, el ave

se despliega

Barrilete.

Avión.

Ensordece el graznido del avión de las turbinas  
del avión en celo

Avión profeta: «Te ensordecera el graznido de  
mi celo

Te enceguedrán los ojos faros  
de mi envidia

Mi cola se arrastrará hasta nun-  
ca, nunca.

Nunca. Será la despedida . . . »

Un pañuelo

el avión es un pañuelo

Una mano

una mano que se alza

se endurece

recorta el aire

crecen las puntas de los dedos

los nudillos

la palma que se alarga

Un árbol

un arbusto, al menos

un laurel

Laurel devuelve a Dafne el contorno de su cuerpo  
su cuerpo

el calor de su cuerpo

Dafne persigue. Apolo tiene miedo

Dafne, laurel humedecido seno de mujer

Apolo, un niño

tiene sed

bebe el agua de la fuente y Dafne le crece entre  
las manos.

Tiene miedo Dafne

se escurre entre los dedos

Agua

Espejo

Espejos

Los mendigos del sueño habitan los espejos

Los mendigos quiere decir los gladiadores

quiere decir los miedos

Miedos, sábana blanca tiritando

sábana blanca que aguza los contornos

sus contornos

Sal

Mujer de Lot anclada en el desierto

Barcos de sal anclada

Mármol

Moisés asiéndose las barbas

cabellera de noches

cabellera

de amante etíope entibiándole al mármol el pe-  
cho con su aliento

Amantísima etíope de cabellera de noches y piel  
dorada como arenas

La amantísima cuelga de una vena erizada del

Moisés de mármol un beso como un dije

como una cabecita de ternero recién pa-  
rido

Y crece

crece

crece el vellocino en el pecho del Moisés

El vellocino

el macho cabrío

el Cordero

Isaac asándose en las brasas del capricho

la voz de Dios no llegó a tiempo

la voz de Dios turbó la mano del infeliz que no  
apartó al hijo de las llamas de su lugar  
con fuego

El pueblo danza

danza

danza

alrededor de la herejía

Isaac, el vellocino

Danza. Es sólo una noche de sábado en una boîte cual-  
quiera de cualquier ciudad

Un hombre, una mujer

bailan

bailan

bailan

La noche

una terraza

el verano

El hombre tiene sed

se acerca a la fuente y llena el cuenco de sus  
manos

Ojos entrecerrados

Bebe

Bebe

Tiene sed.

Mercedes Roffe





**EL FRENTE DE  
AFIRMACION HISPANISTA, A.C.**

**ha otorgado  
la medalla**

**"José Vasconcelos"  
a las siguientes  
personalidades:**

**León Felipe  
(1968)**

**Salvador de Madariga  
(1969)**

**Félix Martí Ibáñez  
(1970)**

**Joaquim Montezuma de Carvalho  
(1971)**

**Luis Alberto Sánchez  
(1972)**

**Jorge Luis Borges  
(1973)**

**Gilberto Freyre  
(1974)**

**Diego Abad de Santillán  
(1975)**

**Ubaldo di Benedetto  
(1976)**

**Vicente Géigel Polanco  
(1977)**

# cartas de solidaridad de la comunidad hispanoamericana

DE LISBOA

Fue una sorpresa dolorosa el recibir el No. 279 de NORTE con el aviso de que "el envío de la revista se suspenderá en breve". Me cuesta creer que un órgano tan excelente y fecundo se derrumbe de un momento a otro. Si así tiene que ser, por fatalidad circunstancial, entonces, que se le ajuste la frase de Alejandro Casona: ¡Los árboles mueren de pie! Que su emérita revista morirá de pie, como robusta y frondosa araucaria, después de haber recorrido la senda de la utilidad, la fraternidad continental y el anhelo universal fundado en la persecución del ideal hispánico, con la bandera de la lengua común. Sin embargo, ni aun así quiero creerlo, puesto que si es "debido a la falta de interés que existe entre los receptores", déjeme que le diga, con cierta ironía y filosofía: el silencio es el idioma cósmico, dice más que la palabra. Que los receptores no estén hablando, que no digan nada, no quiere decir, de por sí, que haya descuido o falta de interés. Es sólo que están hablando en esa lengua cósmica, en el silencio musical de los astros. Pero también creo que ahora, en este momento crucial, al saber que el árbol puede caer y morir del todo, se erguirán todos a una para romper el silencio —que no es indiferencia— y proclamar: Norte debe existir, Norte es precisa. Desde el atormentado Portugal, uno mi voz al coro de todos los receptores, ahora también de acuerdo. Estoy presente para decir con voz fuerte: ¡Norte tiene que continuar! ¡Así sea por los hados!

Amigo Fredo, acaba de llegarme el No. 279. Está dedicado a Puerto Rico y, realmente, es preciso salvar a la hispanidad de la isla, seriamente amenazada por la intolerancia absorbente del "yanquismo" depredador. Pues bien, al faltar Norte, faltarán un elemento de conciencia para las amenazas como esa.

Me gustó mucho su estudio "El derecho al tiranicidio". Siempre he pensado que el hombre habla mucho de libertad; pero en lo íntimo tiene miedo a ejercer la libertad, porque teme asumir su autoridad interna. Los tiranos son la otra cara de nuestra inercia. Corresponden a nuestra pasividad. La relación es siempre de dos términos. No hay tirano sin tiranizado.

El mes pasado terminé mi libro sobre el pensamiento del socialista libertario portugués Antonio Sérgio, que se editará este año, en Lisboa. Versé en la filosofía, la historia, la pedagogía y el cooperativismo de ese gran opositor de Salazar. Cito en la obra el nombre de usted. A su tiempo recibirá su ejemplar.

Joaquim Montezuma de Carvalho

## DE CALI

Hemos estado recibiendo regularmente la revista NORTE, editada por usted, y de acuerdo a lo manifestado por alumnos y profesores que tienen ocasión de consultarla, es una de las publicaciones que más atraen su atención, por el enfoque original de todos sus artículos, en especial por aquellos que tocan con el psicoanálisis, ya que hay pocos estudios sobre el tema en publicaciones regulares, igualmente por la presentación de nuevos artistas, que exploran nuevos medios expresivos, dentro de una diagramación impecable y un formato apropiado.

Por todo esto, consideramos de sumo interés para la comunidad universitaria y extra-universitaria, que se siga editando con la regularidad con que lo ha hecho hasta ahora.

Atentamente,

Alvaro Herrera Ch.

Publicaciones  
UNIVERSIDAD DEL VALLE  
División de Humanidades

## DE LIMA

He recibido los números 278, 279 de su revista NORTE, por lo que sinceramente le agradezco dicho envío.

He leído con bastante atención su revista y encuentro temas de mucho interés, sobre todo sus ensayos psicoanalíticos me revelan su erudición y su constante preocupación por los problemas que adolecen los hombres humildes de América; pero sin dejar de lado los textos de sus colaboradores que contribuyen a enriquecer el acervo cultural.

Lo felicito en verdad por el último (279) dedicado a la honra y memoria de los escritores y luchadores, de Puerto Rico, por la libertad plena y humana del hombre, cuyos nombres y acciones quedan bien estampados en las páginas de la historia.

Reciba Ud. mi más alto reconocimiento por tan acertada labor cultural que continúa desarrollando a través de la dirección de la revista, la misma que establece vínculos fraternales de preferencia entre nosotros los hombres amantes y forjadores de la cultura. Todos en casa leemos NORTE con bastante atención y soy el portavoz del sincero agradecimiento de mi familia a Ud.

Por lo que ruegole haga extensivo mi sincero agradecimiento también a todo el equipo de sus colaboradores de preferencia a sus patrocinadores porque gracias al apoyo que brindan a la publicación de la revista con la misma que están contribuyendo a difundir el auténtico valor cultural de su país y dan a conocer el nombre de eméritos hombres que dan buen crédito como es el caso de Ud. y de otros escritores brillantes e inmortales que me exteriorizan la historia de su patria.

Cuando vuelva a salir mi revista TUNGSTENO le enviaré. Reciba, entre tanto, un fraternal abrazo de su amigo

Bernardo Tineo Tineo



## DE BASAURI, ESPAÑA

Acabo de recibir, hace escasas horas, la revista NORTE en su número 279, la cual desconocía hasta su generoso envío. Muchas gracias por esta maravillosa entrega.

Veo que es una revista completa y cuidada minuciosamente en todos sus detalles. No voy a meterme en profundidades analíticas sobre los temas tratados, (de ineludible actualidad y altamente meritorios para cada uno de sus autores), pues el espacio sería insuficiente y quizá resultaría pesado.

Conozco, de unos años acá, varias publicaciones de este tipo, tanto españolas como latinoamericanas, y desde luego NORTE merece mis mejores y sinceros elogios, (sin menoscabo de las demás, por supuesto). Tenga en cuenta, señor director, que no acostumbro a ir derramando elogios superfluos, pues tampoco deseo hagan eso conmigo en calidad de principiante poeta y escritor que soy.

Me entristece verdaderamente la noticia de la posible desaparición de NORTE, después de su larga y fecunda andadura a través de las décadas pasadas. Con humildad esperanzada lanzo mi súplica a los queridos patrocinadores, pidiéndoles sigan haciendo gala de su generosidad en pro de la SANA CULTURA, a través de los hermosos testimonios detectados por medio de la revista NORTE. Las interiores satisfacciones, señores patrocinadores, son las que llenan de VERDAD. No nos priven de su necesaria AYUDA, ¡POR FAVOR!.

Felipe Robredo

## DE CORNELLA; BARCELONA

Recibo el número 279 de NORTE, cuyo contenido encuentro de sumo interés, ya que es todo un manifiesto de afirmación para nuestra comunidad de sentimientos y me sorprende la nota comunicativa de su próxima suspensión. No sé si ello es debido a su situación económica, cosa que lamentaría dadas mis escasas posibilidades de ayuda, ya que considero la necesidad de comunicación entre nuestros pueblos, más ahora que se inician nuevas etapas, después de tanto tiempo con esa, casi falta de relaciones. Es lástima que un órgano como NORTE deje de traernos el mensaje de esa otra parte de nuestra sangre y nuestro sentimiento. Verdaderamente, me produce un intenso dolor la interrupción de estas páginas comunicativas, con su grito de libertad y de afectos comunes.

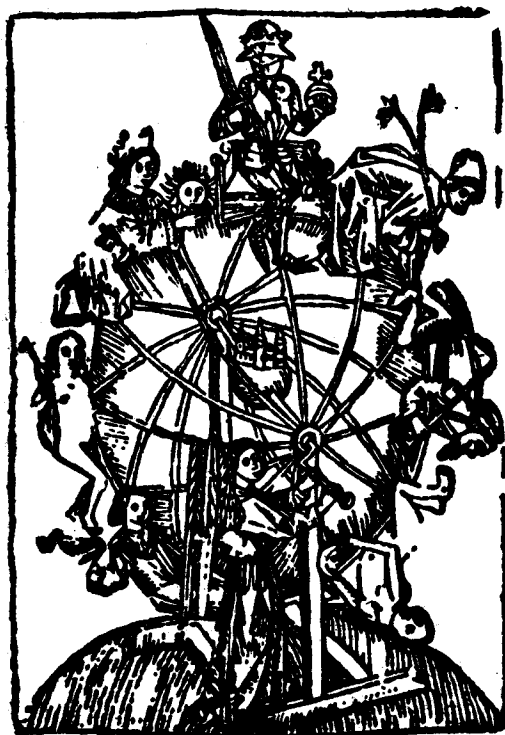
Siempre fue mi sueño sentir bajo mis pies la tierra de la América Hispana y siempre me he tenido que conformar con la comunicación, más o menos esporádica, con sus gentes. Ahora, NORTE me llegaba como un aliento que, en cierto modo, me ponía en contacto con ese mundo del sueño, al que parece como si añorara, si es posible añorar lo que no se conoce. Alguno de mis antepasados fue de sangre mexicana y parece como si llevara en mi ser la herencia de algunos genes patológicos que me aferran a la idea de esas tierras. Crea que lamentaré su falta. De todas formas, si esto fatalmente ocurriera, no deje de estar en comunicación conmigo aunque fuera a nivel personal. México y sus cosas me gritan, como toda la América común, con fuerza inexplicable y la falta de NORTE va a ser como si me arrancara una raíz.

Cristóbal Benítez Melgar



«El poeta es el hombre. Y todo intento de separar al poeta del hombre ha resultado siempre fallido. Por eso sentimos tantas veces como que tentamos a través de la poesía del poeta algo de la carne mortal del hombre. Y espiamos, aun sin quererlo, aun sin pensar en ello, el latido humano que la ha hecho posible; en este poder de comunicación está el secreto de la poesía que, cada vez estamos más seguros de ello, no consiste tanto en ofrecer belleza cuanto en alcanzar propagación, comunicación profunda del alma de los hombres.»

VICENTE ALEIXANDRE



Patrocinadores:

ORIENTAL MICHOACANA, S. de R. L.

TEXTILES INDUSTRIALES, S. A.

EL PINO, S. A.

CIA. INDUSTRIAL MEXICO, S. A.

HILADOS SELECTOS, S. A.

IMPRESOS REFORMA, S. A.

LA MARINA, S. A.

LAMINAS ACANALADAS INFINITA, S. A.

REDES, S. A.

RESINAS SINTETICAS, S. A.

RESTAURANTE JENA



